

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — TOMO XLIII.

EDITORES—PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 33. — N° 1,099.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

## SUMARIO.

El Invierno; grabado. — El Anciano de Jerusalem. — Sucesos de España: El golpe de Estado del 3 de enero; grabado. — Francia pintoresca; grabado. — El depósito de aguas de Montsouris; grabado. — Revista de París. — Poesías. — Ceremonia de los birretes en Versalles; grabado. — Una semana de campamento. — La cruz de la Atalaya. — Rusia pintoresca; grabado. — Escenas de la vida holandesa; grabado. — Sobre los viajes por España de Blatna y de Andrés Navagero. — El teniente Francisco Garnier; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

## El Invierno.

Artistas y poetas han celebrado á porfia la blanca escarcha y las selvas coronadas con las nieves de enero.

Hé aquí un pintor parisiense, M. Toulmouche, el pintor de los interiores mundanos, para quien el invierno es París con sus alegrías, sus bailes y sus fiestas, es la riqueza y el lujo que pasean sus elegancias por las mullidas alfombras de los salones iluminados con miles de luces.

Contemplemos á esa joven magníficamente engalanada que espera el momento de tomar el coche para ir al baile; adelanta hácia la chimenea la punta de un pié diminuto, en tanto que con su abanico abierto se resguarda del calor demasiado vivo. Sin duda está escuchando ya el murmullo de admiración con que será recibida en los salones, admiración bien merecida en verdad, por su belleza y por su gracia y el exquisito gusto de sus adornos.

R. S.



EL INVIERNO.

EL

## ANCIANO DE JERUSALEM.

CUADRO DE NAVIDAD.

I.

INVOCACION.

¡Hijo de mi corazón!  
¡JOSÉ MARÍA! Tú, que entre mis primeros y últimos besos tan solo has podido ver por tres veces el disco de la luna en la plenitud de sus resplandores; tú, que me hiciste testigo de lo parejas que brotan en el mundo las lágrimas del gozo y las lágrimas de la pena; tú, que empezabas con tu célica sonrisa á conocer á tu madre, cuyo lloro no ha logrado retenerse en la tierra; tú que al unírte á tus hermanos los ángeles del cielo, en las visperas del natalicio divino, no parece sino que has ido á entonar el himno de gloria á Dios en las alturas eternas, tú inspirarás á tu padre en lícitas ficciones cánticos de bendición á las misericordias del Altísimo.

Hé aquí los días del gran milagro. La Iglesia de los santos lo recuerda anualmente con las palabras que escribió Lucas, el sagrado cronista: yo quiero retenerlas en la memoria; yo quiero grabarlas en el alma, y desco que la imaginación, revolando en torno de ellas, pero sin profanarlas, beba inefables armonías, repita modulaciones angélicas, aspire los celebrados perfumes de las flores israelitas. Así en los antiguos tiempos revolarian enjambres de abejas entre las violetas de Thámnata, libando su miel dulcísima sin ajarlas. Lánzate, pues, humana fantasía; salva diez y nueve siglos, lánzate al Oriente, plega tus alas sobre la torre de David, sobre el templo de Salomon, sobre los miradores de Jerusalem, sobre las

colinas de pequeña Efrata, sobre sus campos y sus pastores : ¿ qué ves? ¿ qué oyes? ¿ qué admiras? Responde.

## II.

## CUADRO.

Acérese los crepúsculos de la tarde. Un sol de diciembre, pálido y sin calor, hiere con sus rayos oblicuos, ya semejantes á los de la luna, los techos aplastados de Jerusalem, y proyecta sobre los mas lejanos la sombra de sus balastradas de piedra. Entre ellas dibuja tambien, agigantándola, la de un venerable anciano que parece embebido en profundas reflexiones. Si á los descendientes de Abraham y de Jacob les fuera permitido adornar con estatuas y figuras los pináculos de sus moradas, semejaría una de aquellas. Sus negros ojos brillan con el fuego de la inspiración, fijos como los del águila, en el disco del astro dominador que se va escondiendo por mas allá del torrente Cedron, hacia las playas escalonadas para hundirse del todo en el *Mar Grande* (1). Su barba, mas blanca que los vellones de los corderillos betlemiticos, bórdale el rostro y descende, como plateada espuma, á posar sobre los pliegues del *taled* de cuatro puntas con fleco que cubre su pecho, segun la ley de Moisés. Una túnica de lana, no cosida con hilos de lino, y blanca tambien al par de la leche, deja entrever apenas las correas de su calzado, y el turbante judío abriga su frente, cuyos rizos habian sido víctima de los años ó despojo de asiduas meditaciones.

Las en que parecía abismado el noble anciano, dejan de ser mentales. Una fuerza desconocida le obliga á pensar hablando. Las últimas auras crepusculares han reprimido el vuelo : las calles de la ciudad electa se han cubierto con las nocturnas sombras. Al ponerse el sol de aquel día, habian comenzado á imperar las solemnidades del sábado : todas las puertas cerradas; todas las plazas desiertas; apagados todos los hogares; ni en la atmósfera el humo producido por los fuegos de la primera vigilia, ni en el suelo el rumor de humanos pasos. Jerusalem parecía dormida ó muerta. Y habla el anciano fijo é inmóvil sobre los techos de su morada; habla sin tener quien le atienda; habla como si la eternidad fuera su interlocutora; y el susurro de sus palabras se parece al de monótono arroyuelo escuchado desde lejos entre las sombras de un bosque.

— ¡ Patria, patria mia! ¡ Centro de mis amores! Como la herida cervatilla busca las fuentes de agua; como el infante anhela el pecho de su madre; como el entreabierto capullo ansia los rocíos de la mañana, así mi corazón va hacia tí. Búscote y no te encuentro, te llamo y no te oigo, te miro y no te veo.

» ¿ Qué ha sido de tí, qué es de tí, qué va á ser de tí?

» Bullen en mi cerebro, como rumor de torrentes lejanos, las voces de tus profetas, los ecos de tus historias, las armonías de tus salmos.

» ¡ Oh pueblo obrador de portentos! Tú que dijiste al mar : ¡ paso! Y el mar te dió camino. Tú que dijiste al sol : ¡ párate! Y el sol no llegó á su ocaso á la hora prefijada. Tú que enviaste el sonido de tus trompetas á las murallas de Jericó diciéndoles : ¡ humillaos! Y las murallas se derrumbaron presurosas como postrándose en tu presencia.

» Tú que te adornaste con el manto de tantos reyes vencidos, desde el de Asedoth y sus soledades hasta los de Dabir, y Bethel, y el Carmelo, y Cadés con sus palmeras.

» ¡ Tú que recibiste los presentes y la admiración de los monarcas de Tharsis y de Sabá, que vinieron de lejos á la fama de tu sabiduría y de tu gloria!...

» ¡ Tú yaces postrada en tierra, desgarrados los velos que agraciaron tu cabeza, sentada en sombras de muerte, como en los días de luto!

» Tu reino se ha dividido, y está desolado.

» Tus grandes y tus pequeños se levantaron antes que el lucero de la mañana para bregar unos contra otros.

» Multiplicóse la raza de los Caines.

» Los feos de rostro y alma, los leprosos de espíritu han prevalecido en el conventículo de tus sabios.

» Tus doctores y fariseos se abrevaron ansiosos en los torrentes de la mentira; devoraron iniquidades, lanzándose en tropel sobre ellas, como lobos hambrientos sobre carne abandonada.

» Tus fuertes no tienen brio para levantar las espadas ante los depredadores y los tiranos.

» Callan los cantores de tus solemnidades, como perros mudos, al escuchar la blasfemia en la boca de los mofadores de tus sábados.

» Fuego del cielo llovió sobre tus moradores, hija de Jebús; y tus vírgenes carecen de asilo; y tus madres huyeron al campo, sin tener, como la leona, una cueva donde albergar á sus pequeñuelos sin padre, y sin pan aunque lo pedían.

» El extranjero y el incircunciso extienden su mano codiciosa contra las preciosidades que te legaron los siglos, ¡ y no puedes defenderlas!

(1) *Mare magnum* llamaban los hebreos al Mediterráneo.

» El cetro ha caído de las manos de Judá : ¿ quién se lo restituye?

» ¿ Borróse tu nombre del libro de las naciones vivientes? »

Calló el anciano, como si nudo repentino oprimiera su garganta y ahogara en ella el tropel de sus lamentaciones. Una lágrima solitaria brilló en sus mejillas al indeciso resplandor de las estrellas que tachonaban el cielo, y cayó sobre su pecho arrancándole hondo suspiro. Diríase que un vientecillo que sopló entonces era el ángel de la esperanza que, al pasar, enjugaba la primera llevándose el segundo, para presentarlo como demanda de reparación en los umbrales de la misericordia y la justicia, porque el viejo, reanimándose gradualmente, prosiguió en su meditación hablando :

« — Pero, Señor, tu palabra permanece en la eternidad. ¿ Quién no la escucha? »

» ¡ Señor! Los acontecimientos han ido brotando de las sinuosidades de los siglos, segun tu palabra, como brotan las plantas en las laderas de Basán, y los capullos en los rosales del Libano, y los racimos en las vides de Sorec. ¿ Quién no lo ve? »

» ¡ Señor! Acércase la plenitud de los tiempos, oigo como rumor de muchas voces que lo gritan en mi oído : va á brillar la estrella de Jacob, á florecer la raíz de José, á cumplirse lo prometido á los patriarcas, á realizarse lo anunciado por los profetas.

» ¿ Qué dices tú, Habacuc? (1). ¿ Qué cantas tú, David? (2). ¿ Qué anuncias tú, Isaías? (3). ¿ Qué medida falta á tus semanas, Daniel? (4).

» ¡ Señor! Perdona á tu siervo : yo no he dudado de tus promesas, aunque he llorado sobre la desolación de mi patria : ella es uno de tus portentos proféticamente escritos.

» Herodes reina en Judea, y Herodes es extranjero en la casa de David, y Herodes es tributario de Roma la dominadora.

» Y Roma la dominadora ha enviado á su presidente en Siria la orden de César Augusto para que escriba un libro con nuestros nombres, y Cirino lo está escribiendo.

» ¡ Ah! ¡ Señor! Roma quiere saber, si es posible, el infinito número de sus esclavos : Augusto quiere saber si hay en el mundo alma viviente que no le esté sujeta.

» ¿ Quién le ha de resistir? La paz ha volado desde las cuatro plagas del orbe, y ha posado sobre la tierra. El anuncio de Isaías se ha cumplido : los hijos de los hombres han convertido sus espadas en arados y en hozes sus lanzas. ¡ Oh milagro! Ya no se levanta gente contra gente para matarse.

» ¡ Señor! Tu ley es mi meditación por todo el día. El Deseado de las naciones debe estar cercano. Betén, tú que eres pequeña entre los millares de Judá, tú vas á verlo. Miqueas te lo ha predicho. ¡ Y yo... tan próximo!... ¡ Yo, retenido por los años, moriré sin esa gloria! ¡ Ah! ¡ Quién pondría alas á mis pies, ahorrados por un ejército de inviernos!

» ¡ Dios mio, Dios mio! ¡ Señálese sobre nosotros pronto la lumbrera de tu semblante! ¡ Abrase la tierra y germine al Salvador! ¡ Nubes, lloved al Justo! »

La agitada sobreexcitación del anciano era grande y parecía sobrenatural. Ya no hablaba, y aun se movía su labio inferior comunicando á la lengua barba un movimiento incesante y trémulo. A poco, sin dejar de apoyarse en la marmórea balastrada, pero inclinando la cabeza hacia el hueco de la escalera de piedra que arrancaba desde el vestibulo de la casa, gritó como en demanda de pronto auxilio :

— ¡ Nathan! ¡ Dina!

Oyése en el momento los pasos precipitados de dos personas que van subiéndolas gradas : una luz rojiza las precede; se va extendiendo, y llega como á teñir de suave púrpura, la sudorosa frente del convulsivo anciano. Dina aparece trayendo la antorcha de las nocturnas vigiliadas en candelabro de hierro. Nathan la empuja presuroso, enarbolado su báculo de cedro, escudo á la vez y ofensor terrible contra inopinado enemigo. La tersa frente de entrambos indica que acaban de entrar en la primavera de la vida. Dina es hermosa y modesta como la flor del campo, como el lirio de los valles; Nathan es robusto y ágil como león de dos años en los peñascales de Moab. Los dos hablan casi á un tiempo.

— Señor, hé aquí á tu esclava; ordena.

— Señor, hé aquí á tu siervo; ¿ de quién te defiende?

El viejo no pudo hablar tan pronto como quisiera, y exclamó solamente :

— ¡ A la diestra, á la diestra!

Con esta voz significaban los hebreos la parte del Mediodía. Hacia ella volvieron súbitamente los ojos Nathan y Dina; y no viendo en lo bajo mas que las sombras y la oscuridad posadas sobre los techos de Jerusalem, ni en lo alto mas que las escasas constelaciones meridionales, quedaron sin comprender la palabra que habian escuchado. Su interlocutor habia permanecido fijo mirando al austro, extendidos los brazos en la misma dirección. Los jóvenes se le acer-

(1) *Veniens veniet et non tardabit.* C. II, v. III.

(2) *Exultabit Jacob et letabitur Israel.* Sal. XIII, v. VII.

(3) *Ecce virgo concipiet et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel.* C. VII, v. XIV.

(4) *Septuaginta hebdomades abbreviata sunt, etc.* C. IX, v. XXIV.

caron con cariñoso respeto; él no se movía : prodigáronle los nombres de maestro, de protector, de dueño, de padre; él no contestaba : besaron la fimbria de su manto; él no lo sentía. Entonces se miraron consternados; creyeron que habian excitado su enojo, porque ninguno de los dos habia revelado á la prudencia de las canas protectoras el secreto de los corazones juveniles. Su inmovilidad les pareció tan amarga como el cáliz de sus iras : en la actitud de sus brazos imaginaron leer el decreto que los arrojaba de su presencia, y ambos cayeron á los pies del extático anciano y tocaron con su frente las losas del pavimento.

— ¡ Señor! Perdona á tu siervo. Si el pan de la orfandad no ha llenado mis fáuces de amargura, á tí lo debo desde que aun no sabia hablar. Tú mi amparo, tú mi auxilio, tu morada es mi refugio. Tuya es mi vida.

— ¡ Señor! Dina es tu esclava : hágase en mí segun tú dispongas. Dina morirá si te ve airado. Aun no estaba enjuta sobre mi labio la última gota de leche que me dieron los pechos de mi madre, tu hermana cuando vivía, y ya me repetías tú, imitando su voz, el dulce nombre de hija. ¡ Padre! acuérdate de tu hermana, no rechaces á su hija.

— ¡ Ah! Repara que el amor es fuerte como la muerte...

— ¡ Oh!... ¡ Padre! Quiere á Nathan como Jacob á Benjamin.

— Descienda sobre nosotras la luz de tus piedades...

— Ampáranos á la sombra de tu misericordia...

En tal instante pudo desatarse la lengua del anciano, y sus miembros recobraron movimiento.

— ¡ Piedades! ¡ Misericordias!... ¡ Hijos míos! Van á caer desde las alturas del cielo como la lluvia sobre los campos. Esta es la noche de las complacencias eternas.

— ¡ Padre!...

— ¡ Señor!...

— Ya lo sé. Levantad. ¿ Cómo no he de bendecir yo vuestra cándida inocencia cuando se acerca el momento, por tantos siglos esperado, en que todas las bendiciones de Jehová lleguen á inundar el mundo!... Nathan, Dina, abrazadme; pero no es ocasión esta de pensar en lo terreno, sino en lo celestial y divino.

— ¡ Oh ventura!

— ¡ Oh felicidad!

— Vosotros perpetuareis mi nombre en la casa de mis padres. Mas tú, Nathan, vas á partir al momento.

— ¿ A dónde? exclama este con la voz entrecortada y retenida por la aflicción.

— ¡ Dios de Jephthé y de Tobías! añadió Dina sollozando.

— Pronto, pronto. ¡ Oh, si pudiera seguirte!... Pero te esperaré firme como los mármoles de Jachin y de Booz (1). Tú puedes andar con la fortaleza de los dromedarios de Madian, ó correr con la velocidad de las cervatillas de Bethel. Dina te dará del pan y del vino que anima á los viandantes. Religa tu calzado. Recíñete la túnica. Los tres luceros del corazón de Orion aun no han llegado al zénit. Antes de la media noche puedes pisar las colinas de Efrata. Recorre sus cercanías; no olvides las majadas de sus pastores; penetra en Betlem si es preciso, pregunta, inquiere, indaga. Allí ha de nacer la gloria de Israel. ¡ Dios de Abraham, Dios de mis padres, Dios mio! No muera yo sin haberla visto. Si vuelves ligero como empujado por los vientecillos de la aurora, si primero que el sol del día santo llegas á darme la buena nueva, yo te bendeciré; el pueblo tendrá un salvador, Dina será tu esposa y podré morir en paz.

Antes que hubiese acabado de hablar el venerado viejo, habia Nathan requerido las ligaduras de su sandalia y el ceñidor de su túnica. Al oír juntos los nombres de Dina y esposa, no pudo contenerse : olvidó el pan y el vino que esta debía proporcionarle, hirió el suelo con la extremidad de su báculo, y saltó, viniendo las gradas de la escalera, con la celeridad del relámpago. Dina exclamaba en tanto :

— ¡ Nathan! ¡ Hijo de Elízel! Si el apetito te hostigare antes de tu retorno, guárdate de recibir manjar vedado : quedarias impuro, y no tendrías bodas en Israel antes de ser purificado...

Pero el joven, que no habia llegado á escuchar la última frase de su protector, menos pudo oír las que le dirigía la inocente ingenuidad de su prometida.

El anciano habia vuelto á meditar en silencio : la doncella se le habia acercado como buscando su apoyo. Él tenia la mano sobre el pecho cual si quisiera comprimir violentos latidos; ella dejaba en libertad los de su corazón; parecía avezada á ellos. El tiempo entre tanto volaba con invisibles alas, y dijérase que las auras de la noche se precipitaban por alcanzarlo. Las lumbreras del cielo obedecían su imperio y no retardaban ni precipitaban su curso. Reinaba profundo silencio. Hasta el ave familiar que anuncia las horas cuando el sol no puede marcarlas, callaba y esperaba. Mas la medida de los instantes se ha llenado en los horarios eternos; la estrella reguladora ha llegado por los espacios de la inmensidad al señalado punto; los gallos de las cercanías lanzan la voz al viento; un resplandor inusitado se dibuja hacia el austro; trinos como de pardillos y jilgueros parece que se oyen

(1) Así se llamaban dos de las columnas del vestibulo en el templo de Jerusalem. (V. Calmet, Dic. bib.)

á lo lejos... ¡Y no se acerca la mañana!... ¡ERA EN PUNTO LA MEDIA NOCHE!

De repente gritó el anciano :

— Póstrate, Dina, póstrate y adora.

Ambos cayeron de rodillas, levantadas las manos y retenido el aliento como para escuchar armonías celestiales. No de otro modo, allá en los antiguos días, debieron ver Aaron y Hur á Moisés orando por su pueblo sobre el collado de Rafidium. Así permanecieron largos instantes. Por fin, el anciano levantóse y levantó á la doncella. Reía, lloraba, la abrazaba á la vez, y ella le miraba atónita, sin poderse dar razon de semejantes trasportes. Dirigiase ¡inocentilla! á todos lados, y solo veía oscuridad, nada escuchaba que se pareciera al rumor de los pasos de Nathan, que no volvía.

— ¡Hija mia, hija mia!... ¡Oh ventura la mas anhelada! ¡Oh gozo! Ya está aquí...

— ¡Pero quién? ¿En dónde?

— En la tierra, en el mundo : las nubes le han franqueado paso, le han acompañado los ángeles, la misericordia le ha traído...

— ¡Oh, padre!

— Alégrate, virgen de Sion : no des paz al cimbalo y al pandero : salta de alegría. ¡El Prometido, el Desseado, el Principe de paz, el Padre del siglo futuro, Emanuel, Emanuel!... ¡Oh, Dina! Tu voz es como la voz de la flauta, animada por los tañedores de Geth : recuerda como ha resonado á veces en las solemnidades del templo. Ningun momento como este momento para dirigir cánticos al Altísimo. Los montes y los valles, el mar y los campos, los pueblos y los desiertos son ahora mismo templo que contiene la Divinidad. Dios está con nosotros. ¿Quién contra nosotros? Canta, Dina; canta el salmo de la libertad de Israel, (1) yo alternaré con el de la alabanza universal : (2) los cielos nos oirán con regocijo.

La confusion de la joven era extrema; mas sentíase como fascinada y obligada á obedecer. La alegría del viejo no cabía en su pecho y brotaba de su garganta, convertida en armonías salmódicas.

« — Cantemos al Señor : gloriosa es su magnificencia : caballo y caballero precipitó en el mar.

» El Señor es mi fortaleza : este es mi Dios, el Dios de mis padres : yo quiero glorificarlo.

» Tiene por nombre el OMNIPOTENTE...

» Tu diestra, Señor, es magnífica en fortaleza : tu diestra ha hundido al enemigo...

» Y al soplo de tu furor se amontonaron las aguas : paróse la ola que habia empezado á despeñarse, cuajáronse en medio del mar los abismos...

» ¿Quién semejante á ti, Señor, entre los fuertes? ¿Quién semejante á tí, hacedor de portentos?...

» Por tu misericordia te has hecho caudillo del pueblo que has redimido, y con toda la fuerza de tu poder lo conduces á tu santa morada...

» ¡Oh, Señor! Tú reinarás eternamente, y aun mas allá. »

« — Alabad al Señor desde los cielos : alabadlo en las alturas.

» Angeles suyos, alabadlo : potestades y virtudes, alabadlo todas.

» Sol y luna, estrellas y luz, cielos de los cielos, alabadlo.

» Porque habló, y exististeis; porque mandó, y fuisteis creados...

» Alabad al Señor desde la tierra, dragones y abismos todos.

» Fuego, granizo, nieve, hielo, viento de tempestades...

» Montes y collados, frutales y cedros, fieras y rebaños, serpientes y aves aladas, reyes y naciones, principes y jueces de la tierra, jóvenes y vírgenes alaben al Señor : único es su nombre : el EXCELSO. »

Así cantaron entrambos. El protector habia hecho con su brazo cingulo al delicado talle de su protegida : ella habia reclinado su frente candorosa en el hombro del viejo. No de otro modo un cedro cargado de primaveras ve junto á sí al blanco lirio del valle, y le ampara con su sombra contra los rigores del estío. En tanto, habian huido las horas. La del alba, que no podia tardar, envió por todas partes sus hábitos mensajeros, que apenas removian la barba del anciano ó agitaban los negros rizos de la doncella entre las cintas de su toca, y volaban apresurados.

— ¡Padre! exclama Dina impaciente al fin : Dios nos envía la luz...

— Sí, Dina : la luz para revelarse á las gentes...

— ¡Y Nathan no vuelve!...

— Espera...

— ¡Ay!

— Escucha.

— ¡Oh, si fuese!...

— Mira.

— ¡El es!

Escuchábanse, en efecto, golpes de pasos, como de mensajero apresurado. Al indeciso resplandor de los crepúsculos matinales, Dina habia visto, ó mejor, adivinado á su prometido. Un grito de ansiedad lanzaron á un tiempo los dos interlocutores, y aun no lo habian repetido los ecos por los terrados de la dormida Jerusalem, cuando ya veian junto á sí á Nathan sudoroso, jadeante, rendido, respirando con febril precipitación.

— El sol no brilla todavía. Traigo la buena nueva. ¡Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!

— ¡Horas de bendicion! Detened vuestro curso : dijo el venerable, y lágrimas dulcissimas rodaron por sus mejillas.

— ¡Nathan!... ¡Dios mio!... exclamó la joven, inundada ya en las lumbres de la mañana y de la alegría.

— Tú puedes hablar, Nathan : á nosotros nos es imposible. La ansiedad nos devora : habla. ¿Qué te detiene? Ten lástima de mi impaciencia, como yo la tengo de tus anhelos. No te interrumpimos : todo, cuéntalo todo.

Y Nathan habló.

— No tarda tanto la virgen que nos escucha en volver con las hidrias llenas de la fuente de Siloé, cuando la esperas sediento, como tardé yo en llegar á las palmeras de Efrata. El silencio y la oscuridad eran profundos. La noche iba á perder ya la mitad de su dominio. De repente alcanzó en mi carrera á un hijo y una hija de la ciudad de David, que vencian penosamente los repechos de su entrada. Él era semejante al varon en quien no se encuentra mancilla : ella era hermosa como los tabernáculos de Cedar, delicada como la azucena del valle, inocente como paloma : sus labios como la flor del granado, su seno parecia cargado de bendiciones : no habia luna, y la ví como si la hubiera; tanto resplandecía su semblante. Parece que en ella se juntaban á la vez todos los candores de virgen y todas las majestades de madre. Él iba diciendo :

— No desmayes, ¡oh bella de Nazareth! Dios permite las apremiantes órdenes de Cirino para que pises hoy la ciudad de tus progenitores.

Entonces ella dirigió hácia mi su voz : no olvidaré aquellos ecos dulcissimos :

— ¡Oh pastorcillo de Betlem! Así encuentres á la ovejilla que sin duda vas á buscar, que me digas te ruego : ¿dista mucho la suspirada ciudad?

— Cercanos están ya los portales de sus suburbios... y Dios sea contigo, que no puedo detenerme.

Así le contesté; y á poco habia yo recorrido todas las calles, revolado por todas las cercanías, llegado á las cabañas de los pastores... ¡Nada! ¡Nada de cuanto me mandaste indagar!... El Salvador de que hablaste no daba indicios de llegar. Ni músicas, ni antorchas, ni pasadas de elefantes y camellos, ni estrépito de dromedarios, de gentes, de carros de guerra... Ya desesperaba tu siervo de haberte podido servir, ya desesperaba del logro de mis fines, cuando súbitamente me encuentro entre unos pastores encargados de velar por los rebaños de los demás hasta la mitad de las vigilias de la noche, que se estaba cumpliendo. Aun no habian podido devolverme la palabra de salud que les acababa de dirigir, cuando hé aquí una claridad que nos deslumbra, una armonía que nos confunde, un perfume como de timiamos y aromas; y el ángel del Señor se presenta á nuestro lado, y tenemos todos con temor grande...

— Tú viste la luz, ¡oh padre!...

— Silencio, silencio, Dina : prosigue... Nathan, prosigue.

— No temais, nos dice el ángel : ved que os evangelizo el gran gozo para todo el pueblo ; porque hoy os ha nacido un Salvador en la ciudad de David. Y súbito vemos con el ángel muchedumbre de milicia celeste que alaba al Señor diciendo : Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad (1).

— Yo lo he visto, como tú; yo lo he visto con los ojos del alma : nosotros tambien hemos cantado en la misma hora y bendecido al Señor en igual instante.

— ¡Padre!... Nathan, prosigue...

— Vi á los ángeles que volaban al cielo, dejándonos por señal que halláramos al divino infante en un portal de Betlem, envuelto en pañales inmaculados y reclinado en un pesebre. Y allí fuimos gozosos y saltando; y sucedió como se nos acababa de anunciar; y la madre era la virgen, que acababa de hallar en el camino.

— Isaías lo predijo : ¡la virgen madre! ¡Oh día! ¡oh día de portentos!... No prosigas, Nathan. Da el ósculo de paz á Dina, y llámala á los mancebos y á las doncellas que han de cantar en vuestro desposorio...

— ¡Ay!... exclamaron ambos jóvenes. Y los rayos del que nacia en aquel momento colorearon la frente de Dina con la mas viva púrpura de Tiro ó de Sidon.

— Gracias, Dios mio, continuó el anciano, trémulo de felicidad : yo veré en mis brazos la salud y la redencion de Israel cuando dentro de cuarenta dias se presente en el templo la bendita entre las mujeres. ¡Entonces podré morir en paz! (2)

El justo que así habia hablado se llamaba Simeon, y profetizó.

### III.

#### EPÍLOGO.

Y aquí dejo mi pluma, que se ha atrevido á discursar sobre tus maravillas en los dias de tu Natal, ¡oh Dios de fortaleza y de misericordia! Ampárame y am-

para con ella á la familia cristiana, á la familia española, á la familia mia.

¡Y tú, hijo de mi corazon, JOSÉ MARÍA, ángel del Señor! Si me has inspirado desde el cielo, bendito seas : si, ocupado en las alabanzas del Cordero sin mancilla, del Dios que fué niño, no has podido inspirarme, bendito sean tambien.

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

(De la *Época*).

### Sucesos de España.

#### EL GOLPE DE ESTADO DEL 3 DE ENERO.

El 3 de enero se abrieron en Madrid las Cortes Constituyentes, y el señor Castelar fué recibido en la primera sesion, con un voto de censura que le obligó á presentar su dimision inmediatamente. No es de este lugar exponer las causas, ni entrar en reflexiones sobre los acontecimientos, tarea que corresponde á la *Parte Política* del CORREO DE ULTRAMAR : sin embargo, el hecho que representa nuestro dibujo exige algunas explicaciones, y á ellas nos atendremos.

Despues de presentada la dimision del señor Castelar, se suspendió la sesion á las cinco de la madrugada del sábado, y entre tanto los diputados que habian votado en pro de la proposicion de confianza al gobierno Castelar, supieron que las oposiciones, cuya suma habia formado mayoría, no se ponian de acuerdo acerca de un ministerio, y decidieron votar al señor Castelar.

Las oposiciones, por su parte, al saber este acuerdo, convinieron en votar al señor Palanca, con el encargo de formar el gabinete.

Mientras se verificaba la votacion, el señor Olave y señor Figueras empezaron á decir á sus compañeros de diputacion que por noticias que habian recibido, sabian que se acercaba al palacio de las Cortes con fuerzas del ejército el general Pavia. Al principio no se les daba crédito, suponiéndose que era una falsa alarma; pero cuando hubo certeza de la noticia, el señor Salmeron se presentó al señor Castelar y le dijo que, como presidente del Poder Ejecutivo, estaba obligado á mantener el orden, preguntándole si habia mandado que el capitán general de Madrid, señor Pavia, acudiese á las Cortes con fuerza del ejército.

El señor Castelar protestó de que el gobierno ignoraba este acto, y anunció que inmediatamente seria destituido el capitán general de Madrid.

Como la conversacion pasaba delante de diferentes diputados, el señor Salmeron manifestó á estos que tenia seguridad de que el presidente del Poder Ejecutivo ignoraba el acto de fuerza que se intentaba contra la Asamblea, porque daba completo crédito á cuanto decia.

Los ministros dimisionarios se presentaron en seguida en el salon de sesiones, donde la efervescencia crecia por momentos.

El señor Salmeron ocupó la presidencia y dijo que le habia conminado el capitán general de Madrid, por medio de dos ayudantes, á que los diputados desalojaran el palacio de las Cortes en el término de cinco minutos, lo cual demostraba que la citada autoridad estaba en rebelion.

El señor Chao pidió que el general Pavia fuese destituido, dado de baja en el ejército y sujeto á un consejo de guerra, todo lo cual fué aprobado por aclamacion.

El presidente del Consejo de ministros censuró la conducta del capitán general de Madrid, y respondiendo á muchos diputados que le pedian conservar el poder, dijo que lo conservaria tan solo por el tiempo necesario para impedir que la Cámara fuese objeto de una coaccion.

El ministro de la Guerra empezaba á dar lectura en medio de grande agitacion de la Cámara, de un decreto destituyendo al general Pavia, cuando por la puerta de la izquierda del salon de sesiones entraron el coronel de la guardia civil señor Iglesias, el comandante de artillería señor Mesa y algunos guardias civiles. Los citados jefes excitaron á los diputados á que abandonaran el salon y el edificio, y parece que á causa de haber arengado algunos intransigentes á los guardias para que no obedeciesen á sus jefes, el coronel Iglesias mandó que se dispararan cuatro ó cinco tiros al aire en el pasillo que hay entre el salon de sesiones y el de conferencias, con lo cual se aceleró la salida de los diputados del Congreso.

Los últimos que abandonaron el salon de sesiones fueron los señores Castelar, Maisonnave, general Lagunero, Canalejas y dos ó tres diputados mas.

Inmediatamente que el edificio del Congreso fué evacuado por los diputados constituyentes, se reunieron por la mañana, y en el mismo edificio, los generales Serrano, Topete y Pavia, quienes convocaron á todos los generales que tomaron parte en la revolucion de setiembre de 1868, y á los señores Sagasta, Rivera, Martos, Chao, Becerra, Echegaray, Cánovas del Castillo, Elduayen y García Ruiz.

Reunidos todos los convocados, discutieron sobre la persona á quien habria de conferirse la presidencia del gobierno y el nombre que habrá de darse á este.

(1) El cántico de Moisés, despues del paso del mar Rojo. Exod. cap. XV.

(2) *Laudate dominum*. Sal. CXLVIII.

(1) Luc., C. II, v. IX y siguientes.

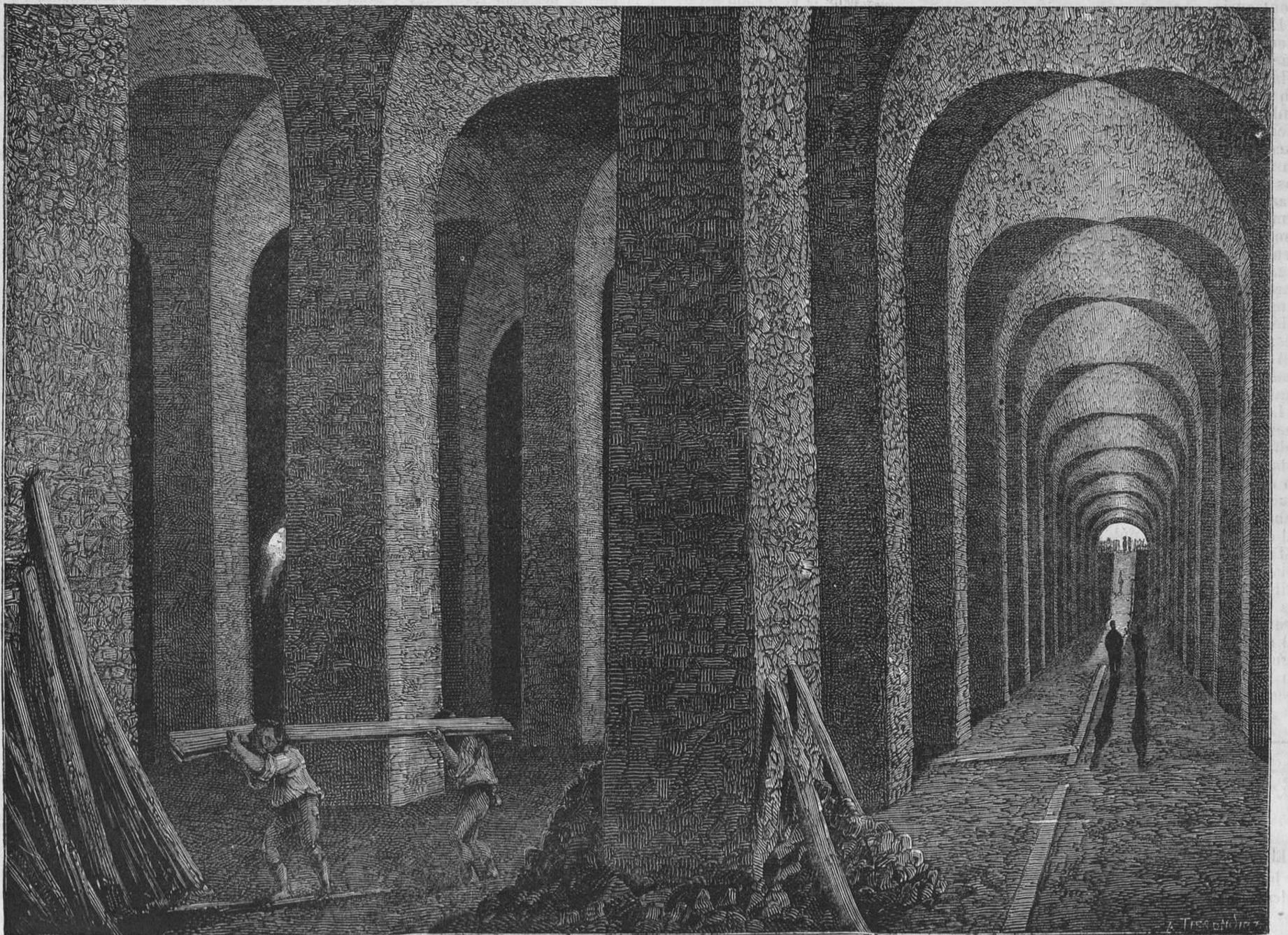
(2) Cántico de Simeon. Luc. C. II, v. XXIX.



SUCESOS DE ESPAÑA. — MADRID. — El golpe de Estado del 3 de enero : expulsión de los diputados por la fuerza armada.



FRANCIA PINTORESCA. — El Chemin-Vert de Villiers á Crécy (Sena y Marne).



PARIS. — Los depósitos de Montsouris, destinados á recibir las aguas del Vanne, traídas por el acueducto de Arcueil.

No faltó general que se opusiera á que se hablara de República en estos momentos, pero la mayoría opinó de un modo contrario, y quedó acordado que el general Serrano será el presidente del Poder Ejecutivo de la República.

En calidad de tal, formó su ministerio compuesto de antiguos radicales y constitucionales. R. S.

### Francia pintoresca.

#### EL CHEMIN-VERT DE VILLIERS Á CRÉCY (SENA Y MARNE.)

Entre los paisajes mas notables que se vieron en la última Exposición de Bellas Artes que tuvo efecto en el palacio de los Campos Eliseos, se cuenta el que reproducimos y que representa el *Chemin-Vert* de Villiers á Crécy, en la puesta del sol. La crítica estuvo unánime para elogiar su feliz composición, sus líneas armoniosas y su excelente colorido. R. S.

#### El depósito de aguas de Montsouris.

La construcción del acueducto de Vannes tuvo principio hace mas de ocho años. Es una de las obras mas gigantescas que se han ejecutado para proveer á París de agua potable.

Hace algun tiempo se varió el álveo del rio Dhuys, para atender á las necesidades de esta capital; pero este pequeño rio que desagua en el Aisne, apenas suministra 20,000 metros cúbicos de agua diarios; cantidad muy exigua para una capital que cuenta con dos millones de habitantes, y que necesita regar sus calles, alimentar sus fuentes, lavar sus alcantarillas y proveer de agua á las máquinas de vapor. Así que, fué preciso cambiar tambien el curso de otros rios mas caudalosos. Al efecto se acudió al rio Vannes que puede producir 100,000 metros cúbicos de agua pura y cristalina, que nace en el departamento del Aube.

El acueducto de derivación consiste en una magnífica galería circular que tiene 2 metros de diámetro y 140 kilómetros de longitud. El paso del rio Vannes por algunos valles, se hace por medio de acueductos y de sifones, y todas las aguas serán recibidas en París en el vasto depósito construido en las alturas de Montsouris.

Este depósito de aguas es una de las maravillas modernas. Las obras están bastante avanzadas para que podamos juzgar de ese formidable conjunto de pilastras, dignos de los egipcios del tiempo de los Rhamsés. En estas vastas galerías, que nuestro grabado representa, podrán contener 300,000 metros cúbicos de agua. Como este volumen líquido, cuyo peso excede de 300,000 millones de kilogramos, necesita un recipiente de una extraordinaria solidez, los muros exteriores están reforzados por estribos oblicuos, macizos y compactos, cuyo espesor no es menor de 3 metros. El suelo de la parte interior del depósito es liso y dividido por una infinidad de pilastras que sostienen las aristas de las bóvedas en que termina este gigantesco edificio. ¡Qué admirable espectáculo es encontrarse en medio de ese bosque de columnas rectangulares, formadas de piedras para muelas y de cemento! El aspecto pedregoso de esta construcción desaparecerá muy pronto con un barniz impermeable del mejor mortero hidráulico, porque las galerías en donde hoy se pasea, como en medio de un templo antiguo, se llenarán completamente de agua.

Los 100,000 metros cúbicos de agua que podía proveer diariamente el depósito de Montsouris, unidos al volumen considerable que recibe hoy París, harán de esta población una de las mas ricas capitales del mundo en agua potable. Nada es mas indispensable en una ciudad civilizada que el agua, pues es el agente indispensable para una buena higiene: la base fundamental de la salubridad pública.

Estos trabajos eran indispensables para que la capital pudiera atender á una de sus necesidades mas útil y saludable, á la vez que es uno de los principales elementos de prosperidad. Sin embargo, que el ayuntamiento de París no olvide que todavía la capital no cuenta con el caudal de agua que poseía la antigua Roma, pues cada habitante recibía diariamente un volumen cinco veces mayor que el que hoy alimenta á París. G. F.

### Revista de Paris.

El mundo financiero ha tenido un luto esta semana. Uno de los príncipes de la Bolsa, M. Merton, ha bajado al sepulcro inesperadamente á la temprana edad de treinta y tres años, cuando no se hablaba en París mas que de sus grandes y fructuosas especulaciones, de su talento y de su opulencia. Los fondos públicos bajaron considerablemen-

te con la noticia de su muerte, que llegó de Londres. Se temía que hubiera muchos intereses comprometidos en las grandes operaciones de M. Merton; y aumentó este temor la circunstancia de que la muerte no fué accidental, sino voluntaria, es decir, M. Merton se habia suicidado para evitar así las consecuencias de su ruina.

Al siguiente día se calmaron las zozobras. No hubo tal suicidio. M. Merton salió el viérnes último de París con dirección á Londres; el sábado enfermó en esta última ciudad, y no obstante los socorros de la ciencia, el domingo era cadáver. Una congestión cerebral se le llevó al otro mundo en pocas horas.

Tal es la segunda versión que creemos verdadera, máxima cuando no se habla ya de que su clientela haya sufrido ningun perjuicio.

De todos modos, la impresión ha sido grande. M. Merton era un hombre de una inteligencia excepcional para los negocios, y no solo hacia en la Bolsa una fortuna colosal, sino que al propio tiempo enriquecía á muchos.

Hace diez ó doce años ganaba su vida en una casa de banca de Londres; pero desde luego dió á conocer que estaba llamado á ser un hombre de grandes empresas.

Sus primeros millones los hizo en especulaciones con los Estados Unidos, y luego vino á París donde se impuso inmediatamente como una notabilidad para los asuntos de Bolsa.

Es de creer que este terrible furor de la especulación que no le abandonaba un instante, minó su existencia y trastornó su cerebro. ¡Qué de cuidados, qué de insomnios! Es la vida del jugador, agravada quizás porque el hombre de Bolsa compromete á la vez lo que tiene y lo que no tiene. Un bolsista se acuesta millonario y se levanta deudor de millones. Y no hay otro camino: la ganancia en la Bolsa está siempre en proporción de lo que se arriesga.

Las fortunas improvisadas así ejercen una fatal influencia sobre la moralidad pública.

El primer caballero de industria aprovecha la credulidad de la gente para figurar operaciones de Bolsa, cuando no hace mas que recoger caudales en beneficio propio.

Estos últimos días el tribunal de Assises del Sena ha fallado la causa formada á uno de esos estafadores, plaga de los pobres de París, pues solo los que disponen de escasos recursos se dirigen á ellos.

Naturalmente, el estafador en cuestión, llamado M. Bureau, se halla en el extranjero.

Oigamos la odisea de este aventurero, tal como resulta de la acusación fiscal, en la que se destacan los hechos siguientes:

Sin recursos y sin crédito, sin otras fuerzas financieras que una audacia sin límites y una ausencia completa de todo escrúpulo, Bureau funda la Sociedad Industrial el 1º de julio de 1869, con el capital de 50,000 francos, dividido en 500 acciones de 100 francos.

Seguidamente funda tambien un órgano de publicidad muy necesario para que acudan los suscritores.

Con efecto, principian los beneficios, tanto que el 17 de octubre de 1869, compra Bureau en Maisons-Laffitte, diferentes casas bajo el nombre de su esposa.

Con el fin de ensanchar la esfera de sus especulaciones, Bureau obtiene la transformación de la sociedad, que se reconstituye el 28 de febrero de 1870 con el capital de 500,000 francos. El 11 de marzo del mismo año se hizo la declaración legal suponiéndose efectuado el pago de la mitad del capital.

La Sociedad se ocupa principalmente en emitir las obligaciones de la Compañía francesa de tabacos. Sobre mas de medio millón de francos de beneficio, Bureau guarda para sí 331,000 y luego atrae á su caja casi toda la cantidad señalada á los accionistas.

La guerra de 1870 interrumpe durante algun tiempo las operaciones. Después de la Commune, Bureau aparece con el título de administrador-director, que le produce un sueldo de 24,000 fr. Establece en Versalles una sucursal que aumenta considerablemente sus fraudulentas ganancias.

Para que se comprenda lo que su empresa le reportaba, diremos que el 24 de junio de 1870, compraba Bureau, siempre bajo el nombre de su esposa, una magnífica casa en el boulevard Malesherbes por 533,000 fr., de los cuales pagaba 300,000 al contado. El 8 de noviembre de 1870, entrega otra cantidad de 135,345 francos, y el 2 de abril de 1871, compra por 23,000 fr. otros terrenos en Maisons-Laffitte. Finalmente, por la misma época suscribe un gran número de obligaciones de la villa de París, y gana en el primer sorteo el premio de los 200,000 francos.

Muy luego la Sociedad viene á tomar una extensión considerable: se eleva su capital á 5 millones de francos dividido en 10,000 acciones de 500 francos.

El Consejo de administración se compone de hombres respetables, antiguos ministros, generales y marqueses; todos ellos con sueldo fijo y gratificaciones y primas por los diferentes servicios que prestaban.

Bureau, nombrado delegado del consejo, asciende á 30,000 fr. anuales, con poderes casi ilimitados.

Por fin se descubrieron los fraudes, y el 21 de enero

de 1873, el tribunal del Sena declaró en quiebra á la sociedad que habia hecho tantas víctimas durante tres años.

El pasivo se eleva á 5,650,000 fr. en tanto que el activo realizable apenas llegará á 350,000 francos.

Mas no se vaya á creer que la posición personal de Bureau se haya visto en peligro: ya tuvo el buen cuidado de asegurarse. No es este de los que gastan y triunfan unos días y vuelven después al polvo de donde salieron si no van á presidio; Bureau, desde el primer día, se dió maña para acumular una fortuna que la justicia no pudiera atacar el día de la catástrofe.

Ya hemos hablado de sus primeras adquisiciones; hé aquí las demás que señala el acta de acusación:

El 16 de mayo de 1872, compra la posesión de la Vallière, cerca de Tours, por 688,000 fr., de los cuales paga en cuatro veces 150,000; además, el 6 de agosto de 1871 completa el precio de la casa del boulevard Malesherbes entregando 105,486 francos.

Todo esto en nombre de su mujer, nombre que le sirve siempre como vemos, hasta para el arriendo de la casa en que vive y para la compra de los muebles que la adornan. Por supuesto, se da una vida de lujo, no por tirar el dinero, sino porque es preciso aumentar la clientela y seducir con las apariencias de la riqueza á sus futuras víctimas.

Los muebles de la habitación en donde recibía con tal objeto, eran tan lujosos, que han producido en la venta 68,810 francos.

Por una nota encontrada entre sus papeles, se sabe que Bureau calculaba la fortuna de su mujer en 1,750,000 fr.

Todos sus gastos personales salían directamente de la caja de la sociedad; y así es que se han encontrado facturas de fondistas, de tapiceros, vinateros, etc. Vendía las acciones que no le pertenecían y hacia dinero de los valores en papel que depositaban en su casa.

Una vez se le ocurrió comprar un periódico que publicaba M. Arsène Houssaye, y pagó por él 472,000 fr. ¡Le costaba tan poco abrir la caja!

Los cómplices de sus fraudes, llamados Van Verseen y Leblanc, han sido condenados á un año de encierro, porque se han encontrado en su favor circunstancias atenuantes; en cuanto á Bureau, hay pendientes todavía una porción de condenas correccionales contra él, y no se ha pronunciado todavía el fallo definitivo.

Tal es el héroe de las crónicas judiciales de la semana, diseñado en sus rasgos principales. Inútil será decir que la publicidad que se da á las proezas de semejantes hombres, produce un fruto escaso. Las sociedades y empresas de estos aventureros criminales pululan mas que nunca en París, y el juego de Bolsa se ha elevado en el día á una especie de institución contra la cual puede muy poco la constante vigilancia del gobierno que desearia encontrar un modo de librar de tales emboscadas á los incautos.

Pero dejemos ya esta cuestión para entrar en otro órden de cosas.

Acabamos de ver en el periódico oficial, una creación verdaderamente digna de notarse.

El ministro de Instrucción pública, de Cultos y Bellas Artes, ha fundado en su departamento una comisión de viajes y misiones científicas y literarias.

La comisión tiene por objeto:

1º Investigar cuáles son las misiones científicas ó literarias mas útiles;

2º Examinar los proyectos de viajes ó misiones que se proponen al gobierno;

3º Estudiar los programas de estas misiones, dar instrucciones detalladas á los que las emprendan, y mantener correspondencia con los viajeros mientras duren las expediciones;

4º Examinar á su vuelta los trabajos que hayan traído los viajeros y decidir su publicación, si se juzga oportuna;

5º Designar al ministro los viajeros que sean dignos de recompensas honoríficas una vez terminada su misión;

6º Entenderse con las diversas administraciones para concentrar sobre ciertas misiones todos los recursos de que dispone el Estado.

La comisión se compone de notabilidades del gobierno, de la Asamblea nacional, del Instituto de Francia y de la Enseñanza pública, en todo veinte individuos, en cuyo saber y conocimientos especiales se puede tener entera confianza. No creemos que habrá que esperar largo tiempo antes de ver los primeros resultados.

Como anunciamos á nuestros lectores, la ópera francesa ha resucitado el lunes último en la sala Ventadour, ó sea en el Teatro Italiano.

Todo lo que se habia previsto se realiza: el escenario es de proporciones muy limitadas para los bailes, y así sucede que el divertimento del *Don Juan*, con cuya ópera han comenzado las funciones, no produce ni mucho menos el efecto que en la escena de la calle Lepeletier, mayor en sus dimensiones y preparada convenientemente para el espectáculo grandioso que requiere el baile.

Faure canta el *Don Juan* con su maestría de costumbre, y sobre todo da al personaje esa fisonomía característica tan difícil para todo el que no posee las cualidades

de eminente actor que tanto le distinguen. Desgraciadamente no está secundado, y solo él descuella entre las medianías que forman en la actualidad el cuadro de la ópera francesa.

A *Don Juan* seguirá la *Favorita*.

Entre tanto M. Strakosch ha puesto en escena la *Cenerentola*, y debemos decir que es una de las partituras que se han cantado mejor en esta temporada. La Belocca ha confirmado en el papel de protagonista las esperanzas que dió al estrenarse con el de la Rosina del *Barbero*. De figura interesante, jóven y agraciada, previene desde luego en su favor, y se la perdona fácilmente su inexperiencia como artista. Su voz es simpática, brillante en los puntos altos; pero el estudio no la ha dado todavía esa agilidad tan necesaria para la música de Rossini, y en el rondó que termina la ópera deja que desear aun á los menos exigentes. Delle-Sedie y Zucchini, imponderables, el primero por su perfeccion en el canto y el segundo por su sorprendente talento de caricato. El famoso duo *Un Segreto d'importanza* es el triunfo de estos dos artistas que aplaude el público con fanatismo. En cuanto al tenor Debassini, hace cuanto le es dado hacer con sus escasas facultades.

La tentativa de ópera italiana iniciada por el maestro Graffigna en el teatro del Ateneo ha fracasado, al cabo de unas cuantas representaciones de *Lucia*. Sin embargo, el tenor Rinaldi no es un cualquiera, es todo un artista y hace muchos años que no hemos visto en la escena una personificación mas perfecta de desdichado amante. Nos recordaba al famoso Moriani. No se halla á la misma altura la Renzi, que parece una Lucia de provincia, está es, acostumbrada á un público que se cuida poco de la delicadeza y el buen gusto en el canto. Los coros deplorables. ¿Cómo podía dar buen resultado una combinación de esta naturaleza? Ya lo hemos dicho y lo repetimos una vez mas: en París no hay posibilidad de buen éxito para italianos que no sean todos cantantes de primer orden. Es como una tradición, cuando se trata de música italiana.

MARIANO URRABIETA.

## POESIAS.

### Á UN NIÑO.

Dejad á los niños que vengan á mí.  
(JESUCRISTO).

Niño querido, el recuerdo  
De tu plácida inocencia  
Me causa gran complacencia  
Y dulcísimo solaz.  
Por mirarte yo daría  
Del avaro los dineros,  
Del Potosí los veneros  
Y del sol la régia faz.

Porque con tus lindos ojos,  
Que brillan con lumbre pura,  
Derramas solo dulzura  
En la sien de tu cantor.  
Porque tú con tu sonrisa,  
Con tus gracias tan gentiles,  
Con tus charlas infantiles  
Y tu virgíneo candor,

Borras de mi austera mente  
Los severos pensamientos,  
Los amargos sentimientos  
De mi triste soledad,  
Y penetras suavemente  
Con tu sencilla alegría  
Al través del alma mía,  
Disipando su ansiedad.

No hay belleza, mi buen ángel,  
Comparable á la inocencia,  
Ni mas rica y noble ciencia,  
Que la ignorancia del mal.  
¡Y tú estás así! ¡muy bello!  
Con el mas limpio atavío,  
Pues no sabes, ángel mio,  
Las miserias del mortal.

Y cual tú, Jesús lo dijo,  
Tornarnos todos debemos,  
Entonces ganado habremos  
La venturanza eternal.

¡Ay! del hombre que cual niño,  
No esté puro é inocenté  
Para que Jehovah clemente  
Le otorgue gloria inmortal.

El Hombre-Dios generoso,  
Aquel varon peregrino,  
Que en el Gólgota divino  
Espiró por nuestro amor,  
Le dijo á la turba atenta  
A quien brindaba los cielos:  
« Dejad que los pequeñuelos  
Se acerquen al Salvador. »

Él, bondadoso y amable,  
Les prodigó mil caricias  
¡Cuántas divinas delicias  
Debieron ellos gozar!  
Desde entonces el alma pura  
De los niños fué ensalzada,  
Por un Dios santificada,  
Un modelo que imitar.

Y por eso, mi buen ángel,  
Tu candor y tu inocencia  
Traen á mi alma complacencia  
Y me dan grato solaz  
Y por ser cual tú daría  
Del avaro los dineros,  
Del Potosí los veneros  
Y del sol la rubia faz.

MANUEL M. PERALTA.

San José de Costa Rica.

### AL SUEÑO.

Sueño benigno  
Llegad, llegad,  
Venid mis males  
A disipar.

Con vuestro encanto  
La mente ornad  
Y lindas flores  
Mire brillar,  
Y encuentre el alma  
La ansiada paz  
Que nunca pude  
Despierto hallar.  
Dicha buscando  
Corrí tenaz  
Y la he mirado  
Siempre pasar  
Cual fuego fátuo,  
Cual sombra ideal.

Sueño benigno  
Llegad, llegad,  
Venid mis males  
A disipar.

Crea soñando  
Que son verdad  
Tantas quimeras  
Que vi pasar:  
Vea á mi amada  
Que á premiar va  
Mi fiel cariño.  
Mi tanto amar,  
Y mi tristeza  
Huya fugaz,  
Y los recuerdos  
Llegue á olvidar.

Sueño benigno  
Llegad, llegad,  
Venid mis males  
A disipar.

Tenga veladas  
Quien ve no mas  
Goces, deleites,  
Felicidad:  
Quien blandas dichas  
Sintiendo está  
Que siempre hermosas

Le halagarán,  
Y quien no sufre  
Ningun pesar,  
No yo acosado  
De pena asaz,  
Que en todo encuentro  
Sino fatal.

Sueño benigno  
Llegad, llegad,  
Venid mis males  
A disipar.

MANUEL ANTONIO HURTADO (CHILENO).

### Ceremonia de los birretes en Versalles.

El juéves 8 de enero, se ha celebrado en la capilla del palacio de Versalles, una ceremonia religiosa muy interesante, y á la cual consagramos en este número una lámina de grandes dimensiones; la entrega é imposición oficial de los birretes (insignia de su alta dignidad), á los tres cardenales recientemente proclamados por Su Santidad en el Consistorio del 22 de diciembre último, cuya entrega é imposición ha sido hecha con el ceremonial y solemnidad acostumbrados, por el presidente de la República el mariscal de MacMahon á los tres eminentísimos prelados Chigi, Nuncio apostólico en Francia, hace muchos años; Regnier, arzobispo de Cambray, y Guibert, arzobispo de Paris.

Hé aquí los detalles de esta solemnidad:  
El mariscal de MacMahon, rodeado de sus ministros, recibió en su palacio de Versalles, á las diez de la mañana, á monseñor Capri y á monseñor Lucciardi, designados por el papa para desempeñar las funciones de legados, y á los tres guardias nobles conde Colacicchi, conde Salimei y marqués del Cinque, portadores de los tres birretes.

Los dos ablegados han dirigido cada uno un largo discurso en latin al presidente de la República, que les ha respondido con algunas palabras, y ha recibido de sus manos los breves de Su Santidad que los acreditan con aquella calidad.

Terminada esta audiencia, el mariscal, acompañado de los ministros, se trasladó á la capilla del palacio, en donde se celebró una misa rezada, á la que asistieron todos los altos personajes eclesiásticos, civiles y militares, que habian sido convidados con este objeto, siendo demasiado exiguo el recinto para contenerlos. Concluida la misa, los tres eminentísimos con sus respectivos séquitos, han sido conducidos á la capilla por el introductor de embajadores, y recibidos por el obispo de Versalles, que les ha ofrecido el agua bendita.

Después de haber entregado los breves pontificios á Sus Eminencias, los legados presentaron los birretes al mariscal que por orden respectiva de nombramiento, empezando por monseñor Chigi, los ha colocado sobre la cabeza de los beneficiarios. Acto continuo pasaron á la sacristía, en donde se vistieron el traje cardenalicio. Terminadas estas ceremonias, fueron conducidos en coches de gala al palacio de la Presidencia, en donde ya les estaba esperando el mariscal de MacMahon, y donde habian concurrido todos los convidados. Los tres cardenales fueron recibidos nuevamente por el mariscal, á quien dirigieron un discurso. El primero que ha tomado la palabra fué el eminentísimo Chigi, que expresó en su discurso los sentimientos de estimación y de afecto que el Santo Padre abriga en su corazón por la Francia, y las esperanzas que funda sobre ella, cuando la Providencia se digna venir en su socorro por los medios humanos. El cardenal Regnier, después de decir que Su Santidad ha querido honrar en él su edad avanzada que le coloca al frente del episcopado francés, ha hablado como verdadero pastor de almas dispuesto á dar á « Dios lo que es de Dios, y al César lo que le pertenece. » El cardenal Guibert ha expresado en su discurso con un acento que conmovió, su adhesión inalterable á la Santa Sede, y sus disposiciones de ánimo de derramar su sangre, en su defensa, si necesario fuese.

El mariscal ha contestado al Nuncio y á los dos cardenales con dos discursos diferentes, rogando al primero diera las gracias á Su Santidad por la honra que le ha dispensado encargándole de cumplir la alta misión de entregarle las insignias de su elevada dignidad, y diciendo á los otros, que practicando las virtudes cristianas y los deberes cívicos tan bien definidos por el arzobispo de Cambray y colocándose por encima de las luchas políticas y las agitaciones de los partidos, es como el clero cumplirá mejor la noble misión de paz y de concordia.

Concluidas todas estas ceremonias oficiales, los tres cardenales han sido presentados á la mariscal, y en seguida ha tenido lugar el almuerzo que les ha ofrecido el mariscal.

Además del obispo de Versalles, han concurrido á esta ceremonia el obispo de Nimes, el de Agen y el de Ceramea, el presidente de la Asamblea nacional M. Buffet, y otras muchas notabilidades eclesiásticas, civiles y militares.



CEREMONIA DE LA ENTREGA DE LOS BIRRETES Á LOS NUBVOS CARDENALES EN LA CAPILLA DE VERSALLES, EL 8 DE ENERO DE 1874.

## Una semana de campamento

POR UNA SEÑORA INGLESA.

(Conclusion.)

De este modo atravesamos grandes plantaciones de azúcar, con aparente alegría de nuestra cabalgadura, que con su trompa arrancaba al paso las anchas hojas de su vegetal favorito, arrojando con sus gruesas y bellas patas las partes de la planta que creía indignas de su paladar. Al atravesar los pantanos levantábamos a cada paso que hacíamos bandadas de chochas-perdiz, y aunque como siempre muy astutas, conseguimos hacer gran mortandad entre estos pobres animales, llenando completamente nuestros morales de codornices, perdices y patos.

Los dos ó tres días siguientes se pasaron de la misma manera; entonces conocí por la primera vez en mi vida que la caza y el cambio de aire no era de ningún modo el objeto primordial de la vida de campamento. Como las fiestas de Navidad iban á terminar, nos fué preciso regresar al campamento, porque nuestro huésped debía hallarse al día siguiente en una ciudad situada á treinta y seis millas. Según se nos anunció, debían reunirse muchos labradores, *zemindars*, á quienes era preciso fijarles la cuota de contribución que les correspondía. Como se ve, la vida de campamento forma una parte integrante de las funciones de los empleados civiles, pues deben recorrer su distrito, resolviendo las dificultades administrativas que se le presenten, entrando en comunicación con los vecinos y estudiando el estado del país.

El espectáculo que se nos había anunciado se realizó, pues vimos reunidos á nuestro alrededor muchos centenares de indígenas: no era posible concebir un cuadro mas pintoresco.

Para llegar al sitio designado, tuvimos que pasar en medio de miles de labradores vestidos con trajes los mas diversos. Todos nos saludaban á nuestro paso, llevando la mano á su frente é inclinándose respetuosamente sobre sus sillars: eran los contribuyentes á caballo que esperaban al *sahib* solo por el gusto de saludarle. De este modo creen interesarle en su favor para que el impuesto que les fije sea menos excesivo.

Los alrededores de nuestro campo se parecían á una gran feria, viéndose mezclados toda clase de vehículos: carros ordinarios tirados por bueyes, algunos de dos pisos, cubiertos de una estera, otros con *howdahs* adornadas de telas con colores los mas chillones, viejos calesines, *dogcarts* medio rotos, etc. Además había una gran diversidad de caballos, como no es posible ver reunidos en una feria de Inglaterra ó de Alemania: caballos pios, caballos blancos con manchas negras, tan redondas y guardando tanta regularidad como los caballos con que jugábamos en nuestra infancia; caballos blancos con las patas de color de rosa ó azules, caballos bayos, caballos ruanos de color café y leche. Igual diversidad se observaba en las sillars, pues se veían caparazones, sillars formadas de cuerdas, etc. Al aproximarnos los oímos relinchar, y según nos aseguraron los indígenas, era prueba de su buen humor.

Por cualquier lado que dirigiéramos nuestra mirada, se observaban los mas vistosos personajes, adornados con anchos trajes como debió llevar San José; otros llevaban chaquetas y pantalones muy estrechos. Algunos ostentaban vestidos de algodón de color azul, verde, amarillo, negro, mientras que otros usaban paño fino de color de gamuza, encarnado, oscuro, azul de Prusia, etc. Iban cubiertos con turbantes multicolores que hacían un singular contraste con los otros colores de sus trajes. En este país observé que las piernas de los indígenas no son sensibles al frío, pues en los días que reina el viento Norte las mantas que llevan no les cubre sino la cabeza y los hombros, dejando al descubierto sus largas piernas negras.

Después de almorzar nos dirigimos hácia una tienda en donde un funcionario del fisco estaba sentado rodeado de algunos empleados indígenas y de otros propietarios que pertenecían á diferentes distritos. Todos los contribuyentes se aproximaron uno después de otro para saber la cuota de contribución que se les había señalado. A cada instante esperábamos alguna escena cómica, porque los indostanes son muy exagerados, y en muchos casos los impuestos habían sido duplicados y hasta triplicados; pero no comprendieron en aquel momento toda la extensión de su desgracia, como nuestros lectores podrán juzgar mas adelante. En aquel momento estos honrados propietarios se contentaron con saludar y se retiraban á medida que se les designaba la cuota que debían satisfacer. Así que, apenas tuvimos tiempo de examinar sus trajes. Al entrar avanzaban con cierta timidez, con mirada inquieta y con las manos cogidas, como si trataran de dirigir una súplica; actitud que toman siempre cuando se dirigen á un europeo. Algunos llevaban bonitos pañuelos azules y encarnados, y aunque no eran de gran valor, se conocía que tenían un tejido fino y eran de un bonito trabajo.

Uno de los propietarios de aquel distrito, cuya posición social es muy parecida á la de un *squire* inglés, y que se hallaba en muy buenas relaciones con la Inglaterra, nos rogó que las señoras que me acompañaban hicieran una visita á sus mujeres. Inútil es indicar que aceptamos desde luego la invitación.

Entre los contribuyentes había algunos *zemindars* que profesaban un odio mortal á sus conquistadores, pues aunque se apresuraron á enviarnos á sus hijos para ofrecernos frutas y dulces, tienen, sin embargo, un especial cuidado en enseñarles á hablar de los ingleses en los términos mas groseros é injuriosos. Los mismos *zemindars*, que consideran un gran honor el estrechar la mano de un inglés, tienen después un especial cuidado en lavarse las manos al entrar en su casa.

Al día siguiente por la mañana salimos para hacer la visita á las mujeres de H. K... Ya en camino, y cuando íbamos á cambiar de caballos, encontramos á dos hombres que desde luego los calificué de locos furiosos; que nos acosaron gritando, aullando, llorando y pronunciando palabras que para mí eran un horrible *guirigay*, pero que, según me aseguraron, era la enumeración, bastante exagerada, de las desgracias y miserias que experimentarían si el *sahib* rehusaba acceder á sus súplicas, dispensándoles el pago de la cuota que les había impuesto. Sus lamentos eran tan exagerados y sus gestos tan grotescos, que cada queja era saludada por nosotros con grandes carcajadas.

Por fin, cuando los caballos estuvieron preparados, continuamos nuestro viaje; entonces, en medio de los gritos mas espantosos, exclamaron:

— ¡Somos muertos! ¡Somos muertos!

Y al proferir estas palabras, se echaron boca abajo delante del carruaje, rodando por el suelo y queriendo hacer de nuestro coche el carro de *Jagrenauth*; pero poniendo siempre un cuidado especial en dejar un espacio suficiente para que el *dogcart* pasara sin aplastarlos. Después de terminada esta ceremonia, convencidos sin duda que éramos insensibles á sus quejas, se levantaron, continuando tranquilamente su camino riendo y sin cuidarse mas de nosotros.

Pocos momentos después llegamos á la residencia de H. K..., que era un gran edificio formado de ladrillo; conjunto heterogéneo de patios y torres cuadradas. Penetramos en un patio bastante deteriorado, en donde el amo de la casa nos recibió acompañado de sus dos hijos y de un séquito numeroso.

Subimos por una escalera estrecha de piedra y penetramos en una habitación grande y medio amueblada, con ventanas que daban al patio. Aquí nos dejaron los señores que nos acompañaban, y fuimos introducidos por el amo de la casa en las habitaciones de sus mujeres. Con gran contento mio obtuvimos el permiso que el niño de M. S... nos acompañara en nuestra visita, porque no conociendo nosotros el indostan, este niño nos podía ser de mucha utilidad: era para nosotros un precioso *tragoman*, pero este caballero no se mostró á la altura de la confianza que habíamos depositado en él, pues desde que entramos hasta que nos retiramos, no pudimos conseguir que saliera de su mutismo, á pesar de nuestros ruegos y ofrecimientos.

Durante algunos minutos seguimos á nuestro guía por interminables escaleras estrechas que conducían á la que parecía ser el *sanctum sanctorum* de aquella casa, tan oculta estaba á las miradas profanas. Sin embargo, no recuerdo haber visto jamás una prision mas triste.

En una pequeña habitación que solo recibía la luz del techo, vimos de repente á una mujer horrible y gruesa con los cabellos en el mas completo desorden, vestida con un sucio traje blanco. Al entrar creímos que era á esta mujer á quien debíamos presentar nuestros respetos, pero no hicimos mas que atravesar la pieza y penetrar en una especie de azotea rodeada de almenas que daba á un patio lóbrego, en donde crecía la yerba y había varias mujeres recostadas en las murallas. Después de pasar cerca de ellas entramos en una pieza pequeña y oscura, que no recibía mas luz que por la puerta. En el centro de la habitación había una mesa redonda servida á la inglesa, rodeada de sillones tambien ingleses. Durante algunos instantes guardamos el mas profundo silencio, que los aprovechamos observándonos con la mayor curiosidad. Mrs. S... fué la primera que tuvo valor para romperle, entablado conversación con el amo de la casa.

A mi lado estaba sentada una mujer gorda y fea, sobrina de H. K..., que tenía sobre sus rodillas un niño gordo y negro. Este mono tenía una larga falda verde y oro que le bajaba hasta los talones, y encima llevaba una bata de seda de color de rosa, cubriéndole la cabeza un gorro de seda bordado de oro que tenía la forma de un molde de empanada. Cerca de esta mujer se hallaba la esposa favorita, que era jóven y bonita; su fisonomía dulce, sus hermosos ojos negros, su nariz aguileña y su boca pequeña, aunque desfigurada por el betel que comen continuamente, la hacían aparecer el verdadero tipo egipcio. Su traje era magnífico, y consistía en una falda de seda de color de flor de malva, adornado el bajo con una guarnición verde y oro; y el cuerpo era una especie de chaquetilla tambien verde y oro. La cabeza y la frente estaban cubiertas con un velo de gasa de color de malva y adornado tambien con un dobladillo bordado de oro. Todo su cuerpo se hallaba cargado de joyas que, aunque de trabajo tosco, producían un efecto admirable. Una especie de diadema de oro, perlas y diamantes,

sin cortar, la cubría la frente por encima del velo. De sus orejas pendían largos pendientes que la llegaban hasta los hombros; y su cuello estaba cubierto de innumerables collares de perlas y piedras preciosas que la caían sobre el pecho.

Tambien tenía los brazos cubiertos de joyas hasta el codo. Mientras que examiné los brazaletes, previo el permiso que pedí, y que me fué otorgado inmediatamente, tuve ocasión de examinar su suave y linda mano. En aquel momento me pregunté si, á pesar de su piel negra, no era mil veces mas preferible que una piel blanca, mientras que exista esa riqueza de tonos que observé en la jóven.

Al lado de esta encantadora criatura estaba sentada la otra esposa, madre de dos niños: era una vieja tan gorda y fea, que no quise detenerme en mirarla. Su traje, muy sencillo, carecía completamente de joyas.

El movimiento que hicimos para retirarnos fué la señal para dar principio á una ceremonia de que con gusto me hubiera librado. Inmediatamente la jóven sacó de su bolsillo un frasco de esencia de rosa que vertió en su mano; era una sustancia aceitosa y amarillenta, como si fuera tuétano derretido. Como el precio de este precioso perfume es tan excesivo, se ven obligados en este país á mezclarle con polvos de madera de sándalo. Con esta composición grasienta que tan apreciada es en este país, nos frotó nuestras manos y nos echó unas gotas en los pañuelos. El olor era tan fuerte, que no pudimos vernos libres de él en muchos días, pues parecía que se adhería á todo lo que tocábamos y aun mirábamos.

Después entraron un pañuelo blanco que tenía un nudo en una de sus puntas, de donde la jóven H. K... sacó algunas rupias y un mohir de oro que ofreció á Harry, pero con gran sentimiento de esta tuvo que devolver el don á instancias de su madre. Yo tambien lo sentí, porque hubiese deseado conservar esta pieza de oro, pues no podía negarse que era magnífica.

Por fin nos levantamos, y después de hecho el saludo que es costumbre en aquel país, y dado un apretón de manos, dejando en medio de su triste vida á nuestras desgraciadas hermanas.

Las mujeres del Indostan pasan su vida sentadas sobre tapices en habitaciones tristes ó en azoteas, indiferentes á todo lo que pasa en el interior de sus casas, sin hacer ó recibir mas visitas que las de sus parientes. Creo que algunas empiezan á sentir la necesidad de que se realice un cambio en sus costumbres, pues han manifestado ya deseos de aprender á cantar y dibujar. La mujer de un rajah, mas hábil sin duda que sus hermanas, ha instruido á su marido, durante una reciente enfermedad, en la dirección de sus negocios, y hasta ha recibido á varios hombres. Creo, sin embargo, que la revolución social en este país será lenta, y nuestras hermanas de piel cobriza esperarán todavia mucho tiempo antes que las sean reconocidos sus derechos.

H. K... nos acompañó á caballo hasta los límites de sus posiciones, expresando la alta honra que había recibido con nuestra visita. Al manifestar mi admiración por las joyas con que su mujer estaba adornada, me contestó que si hubiera previsto nuestra visita, se hubiese colocado otras, pues aun conservaba muchas mas. Ignoro en dónde habría podido colgárselas, porque no creo que la jóven tuviera un sitio desocupado para nuevas joyas.

Después de los cumplimientos de costumbre, H. K... nos dejó, dirigiéndose á galope hácia su morada.

Ignoramos qué impresión causamos á las mujeres de H. K... Mars S... estaba vestida de amazona, traje que las mujeres indígenas toman generalmente á las inglesas por hombres; y yo iba con una capa forrada de pieles, que debió parecerles demasiado lúgubre.

Esta visita fué el último incidente digno de anotarse en nuestra semana de campamento, y tambien el último agradable que tuvimos, pues debo confesar que el admirable cuadro que acabo de bosquejar, tenía tambien su parte adversa, que no tardamos en percibir. A las noches claras y glaciales se sucedieron días enteros en que un viento penetrante se deslizó silbando al través de las aberturas de nuestras tiendas, secándonos el cúty y haciéndonos llevar una vida insoponible. Aunque teníamos una estufa, como nos veíamos obligados á cambiar de sitio, nos fué forzoso que nos siguiéramos en un carro tirado por dos bueyes; y como su marcha era muy lenta, solo conseguimos tenerla en nuestra tienda después de las doce. Entre tanto tirábamos envueltos en nuestros pañuelos y en nuestras mantas, buscando en vano conservar el calor del cuerpo. Por agradable que sea la vida de campamento, la necesidad de estar en un continuo movimiento debe hacerla enojosa y penosa.

Al tercer día de este cambio de temperatura, nuestra expedición llegó á su término, entrando en la ciudad que era el objeto de nuestro viaje, en medio de un polvo como jamás espero ver, y que se asemejaba á una espesa niebla del mes de noviembre. Cuando salimos de estos torbellinos, nos encontramos casi asfixiados y llenos de polvo desde la cabeza hasta los pies.

Felizmente los cuatro meses de invierno son en general templados, porque son raros los días de mucho frío ó de gran viento. Las lluvias no son frecuentes sino al rededor de Navidad, y por consiguiente, casi siempre puede esperarse un cielo despejado. Desde luego es fácil comprender que dos ó tres meses en el campo, gozando de una temperatura dulce, difiere mucho de los otros meses pasados en extensas llanu-

ras, en donde el calor es tan sofocante, que los pájaros se quedan inmóviles con el pico entreabierto.  
No desconozco lo escaso de incidentes conmovedores y dramáticos que encierra mi narración; pero en la India, así como en Inglaterra, la existencia de la mayor parte de sus habitantes se compone de pequeños detalles, todos insignificantes si se quiere, pero que reunidos constituyen una notable diferencia de vida entre ambos países, y que debe compararse como la que existe entre el destierro y la patria.

**La Cruz de la Atalaya.**

Al noroeste de Madrid, y en sus inmediaciones, se descubre sobre una eminencia el signo de la redención humana, que las gentes conocen y veneran por la Cruz de la Atalaya. El lugar en que está colocada, la vista que ofrece al transeunte, la perspectiva que se presenta ante sus ojos y la variedad de plantaciones que le rodean, preparan el ánimo del creyente y le convidan á la oración. Al llegar á tal altura y al recoger con la mirada el término de la cruz, involuntariamente se lleva la mano al sombrero para conservarle en esta humilde postura hasta que se pronuncia y se bendice el santo nombre de Dios.

Desde allí se ve gran parte de la capital de España, dominándose los edificios mas suntuosos y el alcázar de los reyes. A un lado está la posesion de Somosaguas, objeto predilecto para el difunto general O'Donnell, primer duque de Tetuan, cuyo solo nombre recuerda el esfuerzo heroico de un ejército y la honra nacional de un gran pueblo; al otro, lugares muy nombrados por la salubridad de sus aires y la excelencia de sus aguas potables, y mas que todo por ser en el rigor del estío un inmenso bazar de competencia para el lujo de la clase media, que pugna y se agita en Madrid por imitar á la aristocracia de la tradicion y de la historia. Mas allá se divisan las torres y la cúpula de un monasterio, recuerdo imperecedero del triunfo de las armas españolas en la sangrienta jornada de San Quintín, y depósito sagrado ofrecido por Felipe II á la religion y á las artes en noble y santo consorcio: tal es el Escorial. Mas cerca aparece y se descubre el humilde aposento del primer músico de España, cuyas composiciones religiosas respiran tal unción y obligan á tal recogimiento, que el nombre de Eslava, como sacerdote y como músico, pronuncian los niños y respetan los ancianos. Enfrente se encuentra la *Casa de Campo*, preciosa posesion de recreo que conservaron los monarcas, y por la que atraviesa la línea férrea con sus diferentes hilos telegráficos, para eterno testimonio de las conquistas realizadas por el vapor y la electricidad.

Sentado estaba al pié de la cruz el que estas líneas escribe, contemplando el panorama que tenia delante y el modestísimo campanario de la iglesia de Húmera, cuando siente pasos por la vereda, pues no ha llegado á alcanzar el titulo de camino vecinal. Era dos ancianos que, sin fatiga y muy despacio, se dirigian á la cruz, ya para descansar bajo su proteccion religiosa, ya para tomar nuevas fuerzas en este ya largo paseo.

Al acercarse, como á cuatro metros de distancia, saludaron afectuosos, siguiendo la costumbre de los buenos españoles. Correspondido deferentemente el saludo, se pusieron á deletrear una inscripción labrada en la piedra, y cuyas letras, borrosas y carcomidas por el tiempo, se hacen ininteligibles á primera vista. Merced á un lápiz y á un papel sobrepuesto, las dificultades desaparecieron y la curiosidad humana llegó á descubrir el misterio, tanto mas apetecible, cuanto mas oculto se encuentre.

El mas jóven de los dos dió comienzo á la lectura con voz entrecortada; lectura que conserva la memoria, y que traducida á la buena ortografía, dice así: *Devocion de don Antonio de la Torre, caballero del órden de Santiago, del Consejo de S. M., vecino de Madrid. Año de 1731.*

Es decir, que el señor la Torre, agradecido á Dios, mandó construir en aquella altura una cruz que recordase al cristiano sus deberes, al creyente la fe, á los gobernantes la justicia, á los pobres la paciencia, á los ricos la humildad y á los gobernados la sumision.

— En estos tiempos, decia el mas anciano, no se levantan cruces, no se erigen templos, no procura adorarse al verdadero Dios. Solo el vicio, los placeres y la palabra apasionada subyugan á las muchedumbres y enloquecen á infantiles inteligencias. Aquel pueblo (señalando á Madrid) tiene la culpa de todo. España es buena; sus hijos no pueden ser mejores; pero la moda de las costumbres de Paris y el alimento de una literatura indigesta producen, como es consiguiente, la relajacion de los hábitos de familia y la pérdida del verdadero carácter nacional. Solo los reyes de derecho divino, sin mezcla ni mancha de liberalismo, podrán devolver la calma á los espíritus desobedientes, y el esplendor, ya gastado, de esta siempre respetable y respetada monarquía.

— Permita Vd., amigo y camarada, que dude y desconfie de la eficacia del medicamento. Llevamos cuarenta años ó mas de sistema representativo en lo que va de siglo. Dos generaciones se han educado al calor

de la libertad constitucional, y seria aventurado, si no peligroso, imponer silencio cuando la cosa pública se discute en calles y plazas. Aparte de esto, los fieles pueden levantar cruces, construir templos, dotar santuarios, ofrecer promesas, rendir culto divino sin que nadie les inquiete ni les moleste. Ahí está el templo de la Virgen del Pilar de Zaragoza, restaurado á conciencia por la generacion contemporánea con las modestas ofrendas de los católicos españoles; las iglesias del barrio de Salamanca, del Prado y de las Peñuelas, que recuerdan la generosidad del magnate y el donativo del obrero; y fuera de Madrid centenares de reparaciones y construcciones que la fe y la devocion conservan para mejor brillo de la Iglesia católica.

— Le veo Vd. en mal camino, y es de sentir mas en edad tan avanzada como la nuestra, porque en la hora de la muerte, si uno ha de salvarse, necesita abjurar del liberalismo y de los errores de la civilizacion moderna. Los jóvenes, como tienen medio siglo delante, aman las revoluciones, predicán la libertad, buscan el ruido, se amamantan con el libre exámen y la sempiterna discusion; para ellos es un gran espectáculo gratuito y agradable que hiere los oídos y deleita el entendimiento; pero nosotros, querido don José, que estamos ya curados de espanto y próximos á cerrar definitivamente los ojos, debemos vivir solo con Dios y con sus representantes en la tierra; dentro de la Iglesia y del sacerdote; dentro del Estado con un rey que descienda de otros en líneas masculinas, segun las sábias leyes antiguas.

— Pero santo varon, ¿qué tiene que ver la religion con la politica si aquella vive, y se desarrolla, y se desenvuelve majestuosa en algunas Repúblicas hispano-americanas? ¿No se presenta el catolicismo victorioso en los Estados regidos por instituciones absolutistas, constitucionales ó republicanas? ¿Qué significa esto? Significa, á mi ver, que la Iglesia católica vive y se aclimata con todos los gobiernos, con todos los partidos, con todas las instituciones humanas. Es superior á todas ellas, y debido á esa superioridad se extiende por el mundo conocido, desde el suelo americano hasta los desiertos del Africa, desde las regiones del Asia hasta la vieja Europa. Por lo demás, los defectos y los vicios de la humanidad han subsistido siempre en todos los países y en todos los periodos de la historia. Al lado del bien existe el mal. Enfrente de la virtud está el vicio. Así se comprende que en esta y en la otra vida haya premios y castigos, prueba evidente que el espíritu del bien y del mal acompaña al hombre en su peregrinacion por esta vida.

— Sí, señor. Pero lo que yo digo y sostengo es que ahora, alojados algun tanto los lazos religiosos, ni se respeta la autoridad, ni se tolera el consejo, ni se acepta el bien. Solo la *diosa razon* y el libre albedrio encuentran partidarios. ¿No ve Vd. cómo hablan y cómo discuten los mozalbetes del día? ¿No para usted mientes en el significado de las palabras, en los ademanes y en el razonamiento que emplean?

— ¿Y qué me dice Vd. con eso? Pues qué, ¿en nuestra infancia no hemos sido traviosos, calaveras, partidarios y ensalzadores de todo lo malo? Acuérdesse Vd. bien de las jugarretas que prodigaba á los liberales cuando Vd. pertenecía á la sociedad el *Angel exterminador*. Hasta locuras cometieron Vds. con aquellos buenos y sinceros patriotas. Dios se las perdone.

— Dios nos perdone á todos las travesuras de la niñez y de la adolescencia.

— Además, cuando Vd. era voluntario realista, ¿no cometió algun pecadillo? ¿No faltó alguna vez al respeto y á la tolerancia? ¿No dirigió algun requiebro á la novia de un liberal para avivar la pasion de los celos? ¿No maldijo de la severidad de un padre de familia? ¿No sacó de quicio la paciencia de algun corregidor? ¿Como que era Vd. el armadanzas en todas las reuniones escolares!

— La falta de juicio era la causa de todo.

— Pues esa misma falta de juicio es la que acompaña á los muchachos de hoy, y la que acompañará, Dios mediante, á los venideros. Solo que nosotros advertimos ahora las faltas sin acordarnos de nuestras mocedades, harto lamentables para algunas familias, y de que debemos arrepentirnos ante el tribunal de la penitencia.

— Doblemos la hoja...

— La doblaremos, sí, querido don José; pero convenga Vd. conmigo en que la libertad constitucional ha sido una verdadera necesidad para el pueblo español. Las antiguas instituciones estaban debilitadas y carcomidas por el tiempo; la revolucion francesa primero, y las Cortes de Cádiz despues, abrieron nuevos derroteros á la inteligencia política y consignaron aquel gran principio de la *Soberanía Nacional*.

— ¡Ave María Purísima!

— No se santigüe Vd., que aun no he concluido la oracion. La Soberanía Nacional convirtió en 1808 á cada español en un guerrero, á cada casa en un baluarte...

— Permitame Vd. que le interrumpa. El espíritu religioso produjo aquella resistencia heroica, admiracion de propios y extraños.

— El espíritu religioso, amigo mio, animaba al desprecio de la vida. El fraile y el sacerdote, con la cruz en la mano, se opusieron al vencedor del siglo; pero la Soberanía Nacional, confiando á España su propia iniciativa, sus instituciones, su armamento, su defensa y sus futuros destinos, aunó todas las voluntades, y del esfuerzo comun salieron aquellas útiles ense-

ñanzas: «De cómo un pueblo honrado y valeroso sabe vencer á los que arrastran por los suelos el derecho de gentes.»

— ¡Ah! Pero la religion fué el todo...

— La religion fué la idea, la patria, el pensamiento; la Soberanía Nacional, la ejecucion, la libertad, el simbolo. *Religion, Patria y Rey*: hé aquí la bandera de aquellos ilustres legisladores que dictaban acuerdos y provocaban votaciones nominales oyendo el estampido del cañon enemigo; hé aquí la bandera del pueblo español, siempre récio en la pelea y generoso en la victoria.

— Algo hubo de libertad, palabra que todos los partidos usan para entusiasmar á las masas.

— Sí, señor don José. La libertad es civil ó política. Nosotros queremos ambas y Vds. quieren solamente la primera, y aun con limitacion en los vinculos, mayorazgos y amortizaciones.

— Para mayor esplendor de la familia y mas saneados productos en la propiedad.

— Las familias no han menester de vinculacion para conservar su buen nombre. La moral y el trabajo les dan honor y les prestan gloria. La propiedad acumulada ó subdividida, si se la deja libre de gabelas, no necesita otros remedios.

— Observo que está Vd. demasiado liberalizado, amigo don Cayetano; que así se llamaba.

— Ya sabe Vd. que cogí voluntariamente las armas desde 1833 al 39, y que estuve á las órdenes del general Espartero. Además, las ideas liberales constituyen en mí, y creo que en mis hijos, una verdadera religion en el sentido genuino de la palabra.

— Si Vd. dijera una verdadera *relajacion*, nos entenderiamos mejor.

— ¿Cómo relajacion! ¿Por qué?

— Porque el liberalismo es una orgía permanente. Ahí tiene Vd. los bailecitos de á real la butaca, las piecitas que regalan á castos oídos y los cantares que prodiga la gente del bronce. ¿Y los trajes? Mejor dicho, la menor cantidad posible de traje, para lucir sus galas naturales las mujeres. ¿Y las fotografias que aparecen en los escaparates? Vamos, amiguito, que en esto hemos progresado...

— Ahora, y antes, y siempre, nunca falta un público, escasamente numeroso, que se alimenta del vicio y de sus deformidades. Que se baile el *Can-can* ó la *Gabota*, que se canten el *Trágala* ó las *Seguidillas* de los realistas; que algunas deidades del bello sexo ahorren de vestido lo que pierden de pudor, eso es mal añejo, tan añejo como el mundo. ¿No me decia usted ayer, querido don José, que admira ver el gentío que asiste á los templos de Madrid? ¿No se admiraba Vd. de tanta devocion y de tan ejemplar recogimiento?

— Es verdad; pero me lamento á la vez de tantos establecimientos que se abren para hacer perder el sentido á la clase proletaria, el espíritu de ahorro y de trabajo á la clase media, y el dinero á los hijos de la fortuna; ¿para qué se quiere tanto café?

— Entonces olvida Vd. que en nuestros primeros años existia la *botilleria* de Canosa, que era el *Fornos* de hoy, y la pastelería de Botín, que equivalía antiguamente al *Lhardy* moderno.

— No eran lo mismo. Tales reuniones de gente llevan consigo el decaimiento religioso.

— Está Vd. en un error. A pesar de la libertad, nadie ha hecho lo que en 1632 se hizo en la calle de las Infantas en Madrid.

— ¿Y qué se hizo?

— Que unos perdidos se entretuvieron en decir en alta voz insolencias contra la religion, los santos y los ministros del altar (1). Verdad es que fueron á purgar sus errores al *Tribunal de la Fe*.

— Un caso particular no hace ciento. Pero es indudable que el régimen absoluto, no teocrático, haria entrar en caja á los españoles.

— No me hable Vd. de eso, porque pasé la pena negra en tiempo de Fernando VII. Sí, hasta los absolutistas estaban rabiando con aquel sistema. ¿No ha oido Vd. hablar de los sermones del padre Salgado en la capilla real, allá por los años de 1817 ó 1818? ¿No leyó Vd. la pintura del absolutismo hecha por Presas en 1827? ¿Qué cosas se dicen allí! ¡Válgame Dios qué defectos tiene la humanidad! Hoy existen tambien como en tiempo del antiguo régimen. Si ahora volviera á imperar ese sistema de gobierno, cosa á mi juicio difícil, seria un remedio del parlamentarismo con prensa, Cortes y elecciones, todo dirigido por el poder real.

— Si volvemos á mandar, cosa fácil y hacedera, se adorará á Dios y no al diablo; se rendirá culto á la justicia, y se aventará la semilla del vicio, del error y del liberalismo para que no retoñen en muchas generaciones.

— Parece que se oye el sonido de una campana.

— Es verdad, y debe ser en Aravaca.

— Ciertamente; parece el anuncio religioso para que los fieles se congreguen en el templo con objeto de acompañar á su Divina Majestad. Oiga Vd., don José, el ruido de la campanilla que precede al Viático.

— Arrodillémonos y pidamos al Señor que conceda al enfermo los dones de su divina gracia.

— ¡Lo que somos en este mundo!

(1) Manuscrito de la Biblioteca nacional, H. 72.

— ¡Qué vida tan triste y tan miserable!  
 — Acordémonos de AQUEL que dispensa la justicia por igual sin distincion de sexos, condiciones, edades ni partidos.  
 — Acordémonos, despues de Dios, de los principios tradicionalistas que han de traer la calma y la paz á esta España. . . . .  
 Al pronunciar la última palabra, los dos ancianos se pusieron en movimiento con direccion á Madrid, y despues de algunos momentos llegaba á mis oidos el eco de una voz que decia :  
 ¡ BENDITA SEA LA LIBERTAD !

MODESTO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

**Rusia pintoresca.**

IGLESIA DE SANTA ANA EN WILNA.

Hace pocas semanas publicamos un interesante dibujo que representa la calle y puerta de Ostrabrama en Wilna; y hoy volvemos á la misma ciudad para dar á nuestros lectores la vista de un magnífico monumento.  
 Con efecto, la iglesia de Santa Ana es una obra maestra del Renacimiento. Para que nada fuera obstáculo á su construccion, para que cada miembro to-

mase fácilmente la forma necesaria, echaron y cocieron en moldes los ladrillos destinados especialmente á tan bonita iglesia.  
 R. S.

**Escenas de la vida holandesa.**

UNA MUDANZA POR AGUA.

¡ Mudarse ! Es decir, abandonar la casa en donde uno ha vivido y sufrido; dejarla para que entren en ella los indiferentes, en que dejamos todos los recuer-

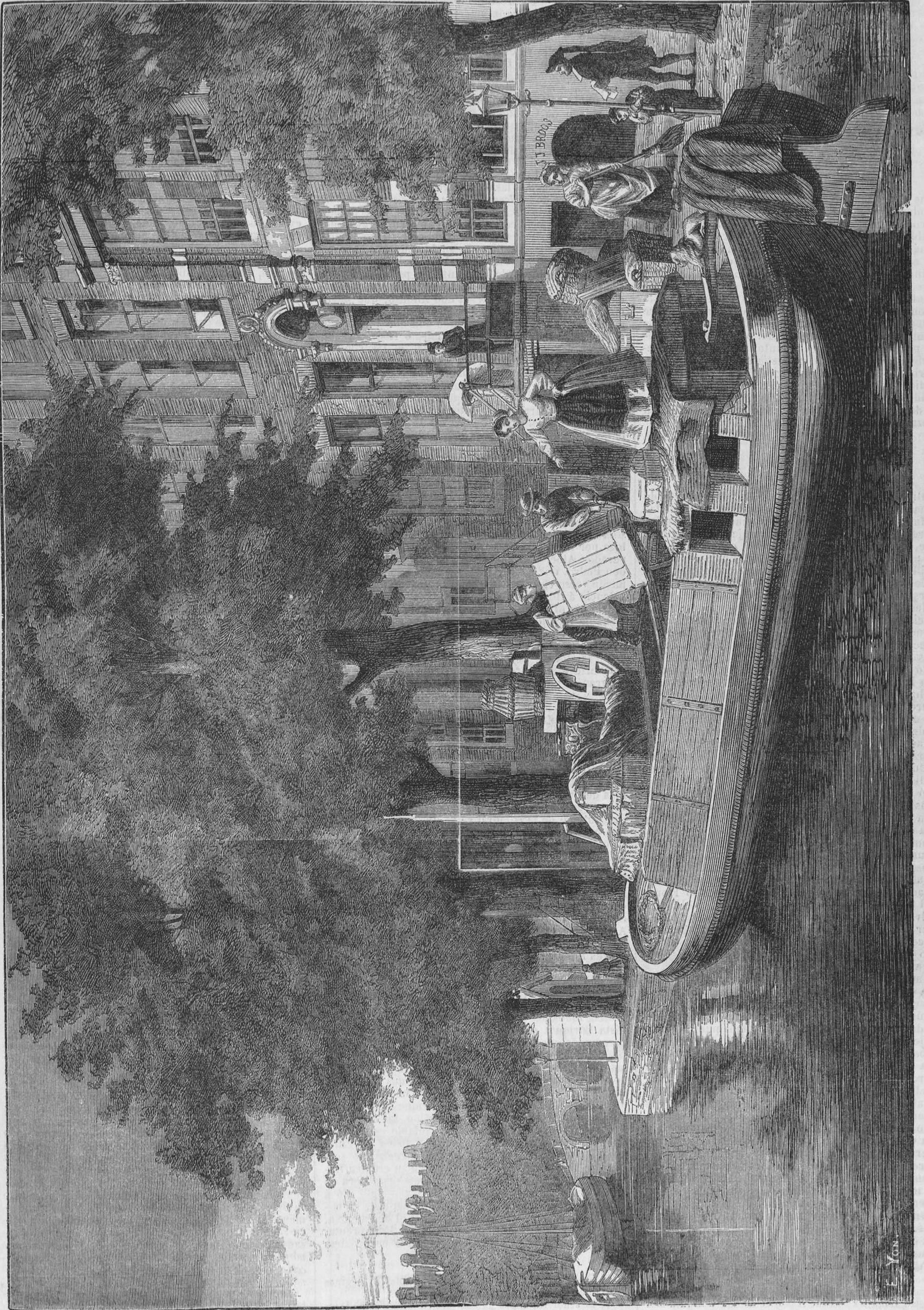


RUSIA PINTOESCA. — La iglesia de Santa Ana en Wilna.

dos de la vida. Además, veis vuestros muebles antiguos sacudidos y golpeados, y las manos negras de un mozo grosero, que despiden un pestífero olor, tocar, manejar y manchar esos mil pequeños objetos, esos tiernos obsequios que amamos tanto y deseamos tener á nuestro lado.  
 Es preciso asistir á esta profanacion, seguir paso á paso á esos temibles mozos de mudanza, y no perderlos de vista, si no se les quiere sorprender instalados en un sillón en donde ella estuvo sentada la última vez, ó devorando un pedazo de salchichon sobre un bonito mueble que ella nos habia regalado y que parecia conservar aun un dulce perfume.  
 Al contemplar tan terrible devastacion, ¿ no se os erizan los cabellos ?

En Amsterdam las mudanzas son, como por todas partes, tristes y penosas; pero en este pais los muebles, antiguos compañeros de toda nuestra vida, no son tan maltratados como en Francia, porque cuando os mudais á una casa, entran por la ventana y van derechos á la pieza que deben adornar. Cuando salen se bajan con el auxilio de una polea que hay en cada casa, sin que temais que sean maltratados ó rotos. Despues se colocan en una gran barca, y sin traqueos los trasportan hácia la nueva habitacion.  
 En Holanda todas las mudanzas se hacen en un mismo dia. El 1º de mayo es la época designada para esta penosa operacion. Es curioso ver en este dia doscientos canales surcados por barcas cargadas de muebles. Sencillos y modestos ó ricos y dorados, todos los

muebles están mezclados, y este mismo desorden da á la ciudad un aspecto pintoresco y poco comun.  
 Las criadas, que son en Amsterdam mas alegres y mas locas que en ningun otro pais, se colocan en la proa de la embarcacion. Sus trajes de lila claro y sus carcajadas forman un singular contraste con el color oscuro de los muebles y el silencio imperturbable de los barqueros.  
 Durante su corto viaje interpelan á todos los barcos que pasan á su lado y á los paseantes que las miran, y gracias á estas escenas tan alegres, se creará que una mudanza de casa se trasforma en una partida de placer.  
 G. F.



ESCENAS DE LA VIDA HOLANDESA. — Una mudanza.

E. YON.

## SOBRE LOS VIAJES POR ESPAÑA

DEL

BARON ROSMITHAL DE BLATNA

Y DEL

MAGNÍFICO MICER ANDRÉS NAVAGERO.

(Continuacion.)

Las observaciones que respecto á la agricultura, á la industria y á los usos del pais vascongado hacen los compañeros de Rosmithal, coinciden de un modo notable con las que años despues hizo el perspicaz Navagero, embajador de Venecia, como haremos ver mas especialmente cuando tratemos de su viaje; limitándonos ahora á llamar la atencion de los lectores sobre lo que ambos dicen acerca el extraño modo de arreglar sus cabellos que tenian las mujeres de esta region; costumbre que debe haber desaparecido hace tiempo, pues que no tienen ni aun noticia de ella las personas mas instruidas de aquel pais, á quienes hemos preguntado sobre este punto, movidos por el deseo de averiguar en qué consistia ese adorno que parecería sin duda muy extravagante á nuestras lectoras del dia, pues no puede ni aun formarse idea del resultado que produciría para la hermosura, la costumbre de cortarse el pelo, dejando solo sembrada la cabeza de delgadas mechadas de cabellos largos.

## IV.

Entrando los viajeros en Castilla por la parte de Valmaseda, la primera ciudad importante que visitaron fué Búrgos, y cuanto de esta ciudad refieren los autores de las relaciones de este viaje es muy interesante, y hemos procurado aclararlo con las que hemos puesto á esta parte del texto. En la capital de Castilla la Vieja fué donde por primera vez presenciaron los viajeros una fiesta de toros, que no debía parecerse mucho á las que todavía se usan en las principales ciudades de España, constituyendo un rasgo especial y característico de nuestras costumbres; pero que son iguales á las que aun se ven con harta frecuencia en los pueblos de corto vecindario, donde todos los alborozos públicos se celebran corriendo uno ó varios toros por calles y plazas, y tomando parte en la diversion los mozos del lugar, y no personas que hacen oficio de esta peligrosa lucha.

Pero las dos cosas mas dignas de llamar la atencion entre las que los compañeros de Rosmithal cuentan de Búrgos, son la historia del famosísimo Cristo, que aun se venera en la catedral de esta ciudad, y lo que refieren de esta entrevista con uno de los hijos del ilustre don Pablo de Santa María, judío converso, que llegó á ser obispo de Búrgos, en cuya silla le sucedió su hijo don Alfonso, siendo ambos prelados tan famosos por su virtud, y por su ciencia que contribuyeron en gran manera al renacimiento de los estudios y de la cultura intelectual en Castilla.

Como en otros muchos pasajes, se nota bastante confusion en lo que el compañero de Rosmithal cuenta respecto de ambas cosas; para esclarecer lo relativo al Cristo de Búrgos, hemos puesto por nota lo que acerca de este asunto dice el P. Maestro Florez en el tomo XXVII de su *España sagrada*, y el lector resolverá en vista de estas dos versiones lo que puede haber de cierto en esa piadosa leyenda, limitándonos á hacer notar que el viajero dice, que si bien el famoso Cristo habia hecho antes muchos milagros, hacia ya siglos que habia dejado de hacerlos.

Tampoco reina, en lo que se dice respecta á la familia de los Santa María ó Castagna, mayor claridad y exactitud que en lo tocante á la historia del Cristo de Búrgos, pues el narrador confunde al padre con uno de los hijos: en la nota que hemos puesto á este pasaje queda esclarecido este punto, por tantos respectos interesante para nuestra historia literaria, política y religiosa; y en resumen, la verdad de lo que refiere el secretario de Rosmithal, de raza hebrea y de religion mosaica, se convirtió al cristianismo, segun algunos autores, de resultas de las predicaciones de San Vicente Ferrer (1), y segun otros por el profundo conocimiento que tenia del Viejo Testamento y de la ciencia rabinica, la cual no bastaba á justificar la pertinacia de sus antiguos correligionarios en oscurecer las profecías que tan claramente anunciaban la venida del Mesías, en el tiempo y circunstancias en que aconteció. A esta opinion sirve sin duda de fundamento la obra que escribió don Pablo con el título *Scrutinium scripturarum*, que es la mas famosa de las suyas.

Su conversion tuvo lugar siendo ya de edad de mas de cuarenta años, le administró el bautismo don Garcia Alfonso de Covarrubias, arcediano de Treviño y

dignidad de tesorero de la iglesia de Búrgos; era ya casado y tenia cuatro hijos que recibieron á par de él el bautismo, aunque la madre de estos, mujer de don Pablo, persistió todavía largo tiempo en sus errores, cediendo al fin á los ruegos y exhortaciones de su marido, siendo ya este uno de los mas famosos prelados de su epoca. Despues de su conversion perseveró don Pablo en sus estudios y se graduó de doctor en teología en la universidad de Paris; en la corte de Benedicto XIII, fué predicador apostólico, y en Castilla obispo de Cartagena y Búrgos, canciller del rey Don Juan, testamentario de Enrique III, patriarca de Aquileya y gobernador del reino durante la ausencia de Don Fernando de Antequera, elegido rey de Aragon. Convirtió á la fe de Cristo mas de cuarenta mil familias de judíos (1), y escribió además del *Scrutinium scripturarum*, las obras siguientes: una de *Cena Domini*, otra de la *Generacion de Jesucristo* y las *Adiciones á Nicolás de Lira*, cuyas obras se conservaban originales en la librería de San Pablo de Búrgos, empezado á construir por él, segun dice Diego Rodriguez de Almella, familiar de su hijo don Alfonso en el cap. IX del libro VIII de su *Vaterio de las historias*.

Los cuatro hijos de este insigne prelado, fueron Gonzalo, obispo de Plasencia y de Sigüenza, que nació en 1379 y murió en 1448; don Alfonso, que nació en 1384 y murió en 1436, el cual sucedió á su padre en el obispado de Búrgos, siendo aun mas ilustre que él en las letras, pues segun el mismo Rodriguez de Almella, escribió el *Defensorium fidei*, el *Doctrinal de Caballeros*, el *Duodenario*, un libro sobre las *Elicas*, otro *confutatorio*, otro *racional*; dos tratados sobre *precedencia en la capilla del Pontífice contra Inglaterra*; otra para probar que las conquistas de Canarias, Tanger, Fez y Marruecos, pertenecian á Castilla; una *Apologia* sobre el salmo *Judica me Deus*, un libro de la *Genealogía de los reyes de España* hasta Enrique IV, y tradujo además del latin *Doce libros de Séneca*, glossando los lugares oscuros.

Su gran ciencia fué causa de que se le eligiera para embajador del rey de Castilla en el concilio de Basilea, y era ya tal su fama, que al anunciarse su llegada á Roma, dijo el pontífice Eugenio IV: *Si viene á nuestra corte, con gran vergüenza nos sentaremos en la silla de San Pedro*. En este viaje, así como en los que hizo por Alemania en calidad de embajador del emperador Alberto, hubo de acompañarle su hermano don Pedro, que sobrevivió á los demás, y que, como puede verse en nuestro texto, acogió con gran benevolencia á Rosmithal á su paso por Búrgos, en cuya ocasion le dijo que él habia estado en Bohemia, donde habia recibido la orden militar de Caballería en el sitio de la ciudad de Tabora, que fué tomada á los husistas por los años de 1438. Gil Gonzalez Dávila dice en la vida de Don Alfonso que en la jornada que este hizo á Alemania, pasando por Bohemia, se vió en gran peligro, por estar el pais inficionado de herejes, y salió libre, porque el emperador le dió mil caballos que le pusieron en salvo.

Segun resulta del epitafio que hemos copiado en la nota referente á la familia de los Castagnas, don Pedro, que sobrevivió á todos sus hermanos, y que tenia ya cerca de ochenta años en el de 1496, cuando Rosmithal y sus compañeros estuvieron en Búrgos, vivió hasta el 10 de mayo de 1478, llevando á contar mas de noventa años; fué del Consejo del rey de Castilla y regidor de la ciudad de Búrgos, y en la capilla de Santiago de la catedral se ve un libro manuscrito, que pertenece á una cofradía fundada bajo la advocacion del Apóstol, y á la que solo pertenecia gente principal, el retrato á caballo y con armas de este personaje, interlocutor de los viajeros (2).

Rosmithal y sus compañeros fueron de Búrgos á Lerma, y de allí á Roa, en cuya villa, donde estaba como desterrado el famoso duque de Alburquerque por exigencia de los magnates que seguian al infante Don Alfonso, no se les permitió entrar por estar trabajada aquella region por la guerra. En efecto, y como ya hemos indicado, en aquel año la anarquía mas terrible y sangrienta reinaba en Castilla; el anterior, la mayor parte de los magnates se habian alzado contra Enrique IV, cuya impotencia intelectual corria parejas con la física, y de cuyos repugnantes vicios dan noticia todos los escritores del tiempo, salvo su cronista Enriquez del Castillo, que por los cargos que desempeñaba en su corte, no ofrece ninguna garantía de imparcialidad, si bien con frecuencia señala las debilidades y errores del rey; y aunque tampoco nos merezca fé Palencia en sus *Décadas* ni el otro cronista castellano que corre con su nombre, claramente nos revelan los vicios de Enrique IV y el estado á que habia venido á parar el reino, las coplas del Provincial y de Mingo Revulgo. Notable es por mas de un concepto el retrato moral y físico de Enrique IV, que hace Palencia en sus *Décadas*, no solo distinto sino contrario al que traza en su crónica Enriquez del Castillo; habiéndose impreso esta obra en la coleccion de crónicas que en el pasado siglo dió á luz el editor é impresor don Antonio Sancha, es conocido del público este retrato, no así el de Palencia, cuya obra espera todavía los honores de la imprenta, que por tantos títulos merece; y por ser curiosísima

(1) Gil Gonzalez, *Teatro eclesiástico*, tomo III, páginas 76 y siguientes.

(2) El señor Gayangos da esta noticia en su artículo ya citado.

y al par breve, me permitiré trasladarlo á este lugar. Para acreditar la opinion comun acerca de la impotencia del rey, dice Palencia que en todos sus actos manifestaba Don Enrique que no sentia el amor conyugal. «Esto lo mostraba en la angustia que sentia cuando estaba con su mujer, apartándose de ella de repente, en sus discursos entrecortados, en su frente anublada y en su afan de buscar lugares escondidos y sendas solitarias. Era el rey muy descuidado en su persona, y andaba siempre con vestidos lúgubres, sin collar ni adorno militar alguno régio, y con calzas comunes y borceguies ordinarios, viendo todos su manifiesto tedio. Era enemigo de cabalgar con pompa régia, y preferia la manera que en esto usaban los moros, llamada á la jineta, propia para las algaradas y escaramuzas, al uso nuestro ó de los italianos, cuyo aparato es mas venerable en la paz y mas fuerte y sólido en la guerra; le desagradaba el brillo de las armas, de los arneses y de las sillas y cuantas pompas señalaban lo excelso de su dignidad, y no queria mostrarse ante el concurso de la gente. Amaba la oscuridad de las selvas, y no reposaba sino en la frondosidad de los bosques, para lo cual mandó labrar en inaccesibles montes, cercas y edificios propios para morar y recrearse, encerrando en ellas multitud de fieras y alimañas; puso en estas heredades hombres incultos para cuidarlas, para alimentar á las fieras y para ahuyentar á las gentes, mientras él se encerraba en aquellos lugares con algunos facinerosos, los cuales andaban armados por las encrucijadas de los caminos, persiguiendo á caballo á los que procuraban allegarse al rey para negociar ó para honrarle; era muy inclinado á estos y otros hombres torpes y oscuros, y no admitia con gusto á ninguno que fuese ilustre por su nobleza ó dotado de saber. Estas aficiones salvajes mostraba la misma figura de Enrique: sus ojos eran torbos y su mismo color indicaba la fiereza; nunca estaban parados, y su volubilidad extrema revelaba la sospecha ó la amenaza. La nariz era deforme y ancha, y quebrada por medio de resultas de una caída que dió cuando niño, de suerte que parecia la de un mono; tenia los labios muy delgados y no daban gracia alguna á la boca, y la anchura de sus mejillas afeaba toda su cara. La barba grande y levantada hacia cóncavas las líneas de la frente, como si se hubieran quitado algo de la mitad superior del rostro, sus demás partes parecian de un hombre bien hecho, pero las sienes, bastante hermosas, las traía siempre cubiertas de pieles ó con algun capuz ó birrete asqueroso; su color era blanco y sonrosado; el cuerpo membrudo, y sus piernas bien proporcionadas, las afeaba, como ya he dicho, con vestiduras toscas y mas toscas calzas. La mano, que es uso en Castilla que se bese á los principes, no la daba á nadie, lo que algunos atribuian á humildad; pero en verdad aquella simulada humildad ocultaba su sordidez, como lo demostraron sus acciones; el olor que exhalaba era insoportable, y él se deleitaba con el hedor de las cosas corrompidas, del estiércol, de las raeduras de los cascos de los caballos y con el de cosas semejantes y aun peores. Sus innumerables pasiones seguian esta norma, y puede juzgarse de los otros por este sentido del olfato.»

Es de notar que conviniendo en general este retrato con el de Diego Enriquez en cuanto á los rasgos que al cuerpo se refieren, resultan contrarias, como hemos dicho, ambas imágenes en el conjunto, pues dice el capellan cronista del rey, que «era este persona de larga estatura y espeso en el cuerpo y de fuertes miembros, tenia las manos grandes y los dedos largos y recios, el aspecto feroz casi á semejanza del leon, cuyo acatamiento ponía temor á los que miraba; las narices romas e muy llanas; no que así naciese mas porque en su niñez rescibió lision en ellas: los ojos garzos e algo esparcidos: encarnizados los párpados: donde ponía la vista mucho le duraba el mirar, la cabeza grande y redonda, la frente ancha: las cejas altas, las sienes sumidas, las quixadas luegas y tendidas á la parte de ayuso: los dientes espesos y traspellados: los cabellos rubios: la barba luenga y pocas veces afeitada, la tez de la cara entre rojo y moreno: las carnes muy blancas, las piernas muy luengas e bien entalladas, sus piés delicados. Era de singular ingenio, y de grande apariéncia, pero bien razonado, honesto y mesurado en su habla: placentero con aquellos á quien se daba: holgábase mucho con sus servidores y criados: avia placer por darles estado y ponerles en honra: jamás deshizo á ninguno que pusiese en prosperidad: compañía de muy pocos le placía: toda conversacion de gentes le daba pena: á sus pueblos pocas veces se mostraba: huía de los negocios: despachábalos muy tarde: era muy enemigo de los escándalos: acelerado y amansado muy presto: de quien una vez se fiaba, sin sospecha ninguna le daba mando e favor: el tono de su voz dulce e muy proporcionado: todo canto triste le daba deleite: preciábase de tener cantores, y con ellos cantaba muchas veces: en los divinales oficios mucho se deleytaba: estaba siempre retraído: tañía dulcemente el laud: sentia bien la perfeccion de la música: los instrumentos de ella le placian: Era gran cazador de todo linaje de animales y bestias fieras: su mayor deporte era andar por los montes, en aquellos hacer edeficios e sitios cercados de diversas maneras de animales e tenia con ellos grandes gastos.»

Felipe de Comines en sus *Memorias* con mucha brevedad confirma lo que leemos en Palencia, pues dice hablando de Enrique IV: «El rey de Castilla era

(1) Gil Gonzalez Dávila, *Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca*. — Salamanca 1606, pág. 376.

feo y mal tallado, y su traje no agradaba á los franceses que llevaban donaire dél. »

Todo el amor y toda la parcialidad de Enriquez del Castillo, no bastan para disimular los defectos y los vicios de Enrique IV, cuyo retrato popular está en las coplas de Mingo Revulgo, las cuales confirman lo dicho por ambos cronistas de un modo tan notable que, aun cuando sea con temor de alargar este estudio las insertaremos aquí en parte, porque nos parece el asunto curioso y sobremanera interesante. Hé aquí las coplas en que se habla de Enrique IV, designándole con el nombre de Candaulo rey de Libia, que por sus vicios perdió la vida y el reino :

III.

A la he, Gil Arribato  
Se que en fuerte hora allá echamos  
Quando á Candaulo cobramos  
Por pastor de nuestro hato.

Andase tras los zagales  
Por estos andurriales  
Todo el día embebecido,  
Holgazando sin sentido  
Que no mira nuestros males.

IV.

¡Oja, oja los ganados  
Y á la burra con los perros  
Quales andan por los cerros  
Perdidos, descarriados!

Por los santos te prometo  
Que este dañado baltructo  
(Que nol medre Dios las cejas)  
Ha dexado las ovejas  
Por folgar tras cada seto.

V.

¿Sabes, sabes? el modorro  
Allá donde anda á grillos  
Búscanle los mozalillos  
Que andan con él en el corro;

Armanle mil guadramañas,  
Unol pela las pestañas,  
Otro pela los cabellos,  
Ansí se pierde tras ellos  
Metido por las cabañas.

VI.

Unol le quiebra el callado,  
Otro le toma el zurrón,  
Otro le quita el zamarrón,  
Y él tras ellos desbabado.

¡Y aun el torpe majadero,  
Que se precia de certero!  
Fasta aquella zagaleja  
La de Nava luciteja (1)  
L'ha traído al retortero!

VII.

La soldada que le damos  
Y aun el pan de los mastines,  
Cómeselo con ruines.  
¡Guay de nos que lo pagamos!

Y de cuanto ha llevado,  
Yo no le veo medrado,  
Otros hatos ni jubones,  
Sino un cinto con tachones  
De que anda rodeado.

VIII.

¡O mate mala ponzoña  
A pastor de tal manera,  
Que tiene cuerno con miera,  
Y no les unta la roña!

Ve los lobos entrar,  
Y los ganados balar,  
Él risadas en oyllo,  
Ni por eso el caramillo  
Nunca deja de tocar.

(1) La dama de doña Juana, con quien tuvo amores Enrique IV, y con quien pasó la escena en el castillo de Madrid, cuando aquella le golpeó con el chapín.

IX.

Apacienta el holgazan  
Las ovejas por do quieren,  
Comen yervas con que mueren,  
Mas cuidado no le dan.

¡No vi tal desque hombre so!  
Y aun mas te digo yo,  
Aunque eres avisado,  
Que no atines del ganado  
Cuyo es ó cuyo no.

X.

Modorrado con el sueño  
No lo cura de almagrar;  
Porque no entiende de dar  
Cuenta de ello á ningun dueño.

Cuanto yo no amoldaria (1)  
Lo de Cristóval Mexía  
Ni del otro tartamudo  
Ni del Meco, moro agudo  
Todo va por una vía.

XI.

Está la pura *Justilla* (2)  
Que viste tan denodada,  
Muerta, flaca, trasijada,  
Juro á diez que habrás mancilla :

Con su fuerza y corazón  
Cometia al bravo leon,  
Y mataba el lobo viejo;  
Hora un triste de un conejo  
Te la mete en un rincón.

XII.

*Acerilla* (3) que sufrió  
Siete lobos denodados (4)  
Y ninguno la mordió  
Todos fueron mordiscados.

¡Rape el diablo el saber  
Que ella ha de se defender!  
Las rodillas tiene floxas,  
Contra las ovejas coxas  
Muestra todo su poder.

XIII.

La otra perra *Ventora* (5)  
Que de lexos barruntaba,  
Y por el rastro sacaba  
Qualquier bestia robadora,

Y las veredas sabia,  
Donde el lobo acudiría,  
Y aun las cuevas raposeras,  
Está echada allí en las eras  
Doliente de modorría.

XIV.

*Tempera* (6) quita pesares,  
Que corrie muy concertado,  
Rebentó por los ijares  
Del comer desordenado :

Ya no muerde, ni escarmienta  
A la gran loba hambrienta;  
Y aun los zorros y los osos  
Cerca de ella dan mil cosos;  
Pero no porque la sientan.

XV.

Vienen los lobos hinchados (7)  
Y las bocas relamiendo,

(1) Estos últimos versos significan que estaban confundidas y tenidas por iguales las personas y las cosas de los cristianos, judíos y moros que vivían á la sazón en España; á los últimos, esto es, á los moros, ya sabemos que tenía Enrique IV gran preferencia.

(2) Representa la virtud cardinal llamada Justicia.

(3) *Acerilla* representa la fortaleza.

(4) Los pecados capitales.

(5) *Ventora* representa la prudencia.

(6) *Tempera* representa la templanza.

(7) Los lobos aquí y en toda la composición son los magnates castellanos.

Los lomos traen ardiendo,  
Los ojos encarnizados :

Los pechos tienen somidos,  
Los ijares regordidos,  
Que no se pueden mover,  
Mas cuando oyen los balidos  
Ligeros saben correr.

XVI.

Abren las bocas rabiando  
De la sangre que han bebido;  
Los colmillos reguñando,  
Parece que no han comido :

Por lo que queda en el hato  
Cada hora en gran rebato,  
Nos ponen con sus bramidos,  
Desque hartos, mas transidos  
Los veo, cuando non cato.

XVII.

¿No ves necio las cabañas,  
Y los cerros, y los valles,  
Los collados y las calles  
Arderse con las montañas?

¿No ves quan desbaratado  
Está todo lo sembrado,  
Las ovejas esparcidas;  
Las Mestas todas perdidas,  
Que no saben dar recabdo?

XVIII.

Allá por esas quebradas  
Verás balando corderos,  
Por acá muertos carneros  
Ovejas abarrancadas :

Los panes todos comidos  
Y los vedados pacidos,  
Y aun las huertas de la Villa :  
¡Tal estrago en *Esperilla* (1)  
Nunca vieron los nacidos!

XIX.

Ala he *Revulgo* hermano,  
Por los tus pecados penas,  
Sino haces obras buenas  
Otro mal tienes de mano :

Mas si tu *enfocado* (2) fueses  
Y ardiente tierra pacieses,  
Y verdura todo el año  
No podrias haber daño  
En el ganado, ni en mieses.

Tal es la descripción del rey, de sus vicios y de la situación de España, que, si bien hecha de un modo alegórico, es exactísima según las noticias que se tienen de aquella época. Estas coplas fueron escritas en 1464, según afirma Fernando Pulgar, su primero y mas hábil glosista, y tenido por muchos como autor de ellas; aun no habían llegado á su colmo los males y los escándalos de Castilla; pero ya los anuncia en las siguientes coplas, especialmente en la XXIV, que dice así :

Yo soñé esta trasnochada  
De que estoy estremuloso,  
Que ni roso ni veloso  
Quedaré de esta vegada.

Echa, échate á dormir,  
Que en lo que puedo sentir,  
Segun andan estas cosas,  
Asmo que las tres rabiosas  
Lobas, habrán de venir.

Y vinieron efectivamente, porque el siguiente año de 1465, los magnates depusieron, como hemos dicho, á Enrique IV, en Avila, alzando por rey á su hermano Alfonso, y entonces se desencadenó la guerra civil con sus naturales consecuencias, la peste y el hambre, que son las tres lobas rabiosas de que habla el poeta.

(1) *Esperilla* es España, de *Hesperia*.

(2) *Enfocado* tener fe, ser buen cristiano.

